

La apertura que no llega

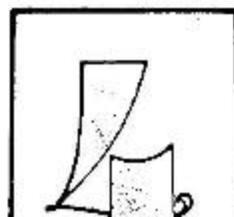
Dardo Gutierrez

Unidad y anticolaboracionismo

Gonzalo Bianini

Nicaragua; sus enseñanzas

Ramón Fedri



El dilema democrático

Editorial

REARME inicia, con este número, su *segunda época*. Desde el mes de febrero de 1978 hasta hoy, tanto la situación nacional como las necesidades del exilio se han modificado. En la nota Editorial de nuestro primer número señalamos que la dictadura militar enfrentaba *una encrucijada insuperable* entre dos caminos: el de la apertura democrática más o menos condicionada o el de la convergencia cívico-militar. Estas eran las vías para *estabilizar políticamente la hegemonía granburguesa en el Estado*. Si bien esta estabilización es hoy más urgente que nunca, ya no se plantea a la dictadura en los términos de aquella *encrucijada* pues la convergencia cívico-militar se ha impuesto como la única salida posible en el mediano plazo. Mientras tanto, el régimen se auto-proclama por un período más, sin que esto suponga su estabilización definitiva ya que las contradicciones perduran.

Por otro lado, también en nuestra primera nota Editorial hacíamos hincapié en que *el campo revolucionario vive una profunda crisis, de la que sin embargo no todos toman conciencia plena*, a la vez que insistíamos en la necesidad de *encarar la construcción de una alternativa revolucionaria de masas en la Argentina*, sobre la base de una política de frente antidictatorial *que apoyándose en la resistencia de la clase obrera y el pueblo, aproveche a todos los aliados disponibles para aislar a la dictadura*. En función de esta básica unidad de acción en el movimiento de masas, proponíamos a REARME como uno de los ámbitos para realizar el balance crítico y autocrítico del proceso revolucionario argentino. Esta propuesta sigue vigente y la actualiza la propia situación del exilio. A esta altura de la crisis, las tareas de solidaridad y de denuncia que competen directamente al exilio, reclaman de manera inmediata un contexto político y una perspectiva definida que las proyecte efectivamente sobre la realidad nacional.

El Topo Blindado

Por esto reformulamos REARME en una coyuntura todavía más crítica que la que le dió origen veinte meses atrás, pero con vínculos más estrechos y permanentes con la realidad nacional que los que existían anteriormente. Y lo hacemos insistiendo en la necesidad de reunificar a los revolucionarios socialistas con una política de masas efectiva, y a la luz de un balance crítico y autocrítico de la derrota. Así, REARME sigue proponiéndose como ámbito de polémica y órgano de difusión, sin más determinaciones que el enfrentamiento consecuente a la dictadura militar argentina y la orientación revolucionaria socialista.

Comité de Redacción
Setiembre 1979

R

La apertura que no llega

Los militares argentinos están nerviosos. Después de tres años de terror sistemático, de desmovilización y ahogamiento de toda expresión popular por medios represivos, la resistencia obrera y popular pone en tela de juicio toda la política económica y represiva del régimen.

Por su lado, la oposición de los grandes partidos políticos ha recrudecido, estimulada por la agitación y el descontento que recorre al proletariado.

Los pronunciamientos recientes de los políticos reclaman no ya la apertura del diálogo o una tímida participación en las decisiones políticas, sino el llamado a elecciones libres y el retiro incondicional de los militares del gobierno. Así lo han expresado peronistas, democristianos, comunistas, socialistas, etc., en un documento reciente.

Hasta la propia burocracia sindical hace fruncir el ceño a los militares con sus actitudes ambiguas que no terminan de ofrecer un bloque homogéneo de apoyo y negociación que sirva para quebrar los conflictos desde adentro.

Excediendo este marco de oposición más o menos tolerada, los familiares de los presos y secuestrados políticos no han cesado jamás en su reivindicación, encarnando la oposición democrática más consecuente e irreconciliable frente a la dictadura.

Frente a todo esto, la respuesta del gobierno militar no ha variado el rumbo: a los reclamos democráticos ha contestado con la reafirmación de su continuidad indefinida en el poder; ante las protestas generalizadas por los efectos nefastos del plan económico imperialista, opone su prosecución y profundización a toda costa. Frente a los reclamos de los familiares la respuesta ha sido monstruosa: una ley que los declarará muertos, con todos sus efectos jurídicos. ¿Torpeza, cinismo despiadado? En cualquier caso, una burla siniestra que lastima los sentimientos de miles y miles de familiares de desaparecidos, y con ellos, del pueblo todo.

Sin embargo, algo ha cambiado en la situación política nacional en este último año. Los militares encuentran que el apoyo inicial prestado por los políticos de derecha a su proyecto de aniquilación de la vanguardia revolucionaria y de terror e intimidación al movimiento de masas se desgasta precipitadamente. Las esperanzas de la oposición se diluyen en las promesas nebulosas de los discursos de Videla y Viola, desmentidos todos los días por el mantenimiento y extensión del uso de la coacción y la violencia para acallar toda oposición obrera y popular.

La burocracia sindical, dividida por las contradicciones que le im-

El Topo Blindado

pone el cerramiento dictatorial y el descontento creciente de las bases obreras, mantiene —en un sector importante— una actitud de aliento a las movilizaciones obreras, deseosa de recuperar una representatividad que hoy es sumamente precaria (el paro del 27 de abril fue una verdadera caja de sorpresas para todos).

Pareciera que el movimiento político retoma su cauce, después de años de quietismo en la superficie, de un casi congelamiento político en que las únicas manifestaciones de oposición eran las concentraciones silenciosas de los familiares en Plaza de Mayo, y los miles de pequeños conflictos sindicales aislados y dispersos, incapaces de generalizar la resistencia, sistemáticamente callados por la prensa y reprimidos duramente por los militares.

Y es esto lo que quita el sueño a los militares: la persistencia tenaz de las luchas obreras, la obstinación solitaria de los familiares, el sordo descontento obrero y popular, terminan por reflejarse de alguna manera en el pronunciamiento cada vez más envalentonado de los partidos políticos, de los sectores de la burocracia sindical reacios al colaboracionismo, de las jerarquías eclesiásticas; hasta de los sectores empresarios afectados por el plan Martínez de Hoz.

Por afuera, la situación es mucho peor: EEUU se ve forzado a abandonar en su larga retirada a sus otrora aliados más fieles —las dictaduras clásicas de América Latina y otras partes del mundo— y procurar amigos que mantengan fachadas más decorosas. La revolución democrática popular en Nica-

ragua pone en crisis la política del imperialismo yanqui en América Latina, y amenaza extenderse hacia otros países de Centroamérica, afectando el equilibrio continental. La presión democrática internacional ha terminado por ser un importante factor político interno: la visita de la CIDH a la Argentina es uno de los hechos políticos más importantes en lo que va del año.

Una vez más, pareciera que las FFAA —y con ellas, la gran burguesía imperialista— se encuentran ante los riesgos del aislamiento extremo y la imposibilidad de estabilizar su modelo de dominación, quizás ni siquiera de intentarlo, forzados a optar entre una salida prematura o el bunker.

LAS OPOSICIONES POSIBLES

¿Pero, qué tipo de apertura democrática es posible esperar con las actuales condiciones políticas?

En principio, un frente político de oposición a la dictadura podría ser parte del propio movimiento espontáneo, de la reconfiguración que gesta el realineamiento en la disputa por la hegemonía política, y que en el pasado inmediato adquirió la forma de una tendencia permanente y objetiva a la unificación contradictoria de la burguesía interior, la burocracia sindical y el movimiento de masas.

En la dictadura anterior, frente a Onganía-Lanusse, esta configuración plasmó un frente político que capitalizó la resistencia obrera y popular en favor de la burguesía populista y desarrollista, del reformismo burgués en general. Hay —o hubo— un territorio común entre estos sectores, que se crea de ma-

nera espontánea a partir de que la burguesía interior necesita apoyarse en el movimiento de masas para disputar la hegemonía o mejorar las condiciones de negociación con la gran burguesía imperialista, y de que ello sólo puede lograrse en un marco de democratización que beneficia al movimiento de masas, por más que el reformismo burgués intente permanentemente restringirlo y mantenerlo en el cuadro estrecho de sus intereses de presión y negociación con la gran burguesía y el imperialismo, apelando incluso a la represión lisa y llana cuando impone su hegemonía y la lucha de la clase obrera en lugar de detenerse pasa a otro plano.

Entonces, cabe preguntarse, ¿existen intactas las condiciones políticas necesarias para una reconfiguración opositora de este tipo?

En primer lugar, la burguesía interior —por lo menos un sector significativo de ella— se halla sumamente debilitada, y sus posibilidades de insertarse en la planificación imperialista en un marco de

crisis económica mundial son escasas, lo que hoy acentúa un rasgo permanente, que es la oscilación entre la oposición y la subordinación en el marco de los límites estructurales de agotamiento histórico de las posibilidades de desarrollo de un capitalismo autónomo, y por

tanto de un proyecto político independiente. (El último gobierno peronista mostró dramáticamente estos límites; el intento de negociación con el imperialismo y la represión de masas fueron su evidencia).

Estas limitaciones tienen dos consecuencias inmediatas: la necesidad de acentuar la superexplotación obrera y, como causa y consecuencia de esto, la necesidad de frenar al movimiento obrero como sea, que tiende permanentemente a exceder el marco reivindicativo impuesto por las reglas de juego de la burguesía.

En segundo lugar, si bien la burocracia sindical se encuentra en mejores condiciones de erigirse en un polo de recomposición de un sector importante y mayoritario de la clase o-



¿Pero, que tipo de apertura democrática es posible esperar con las actuales condiciones políticas?

tante y mayoritario de la clase o-

El Topo Blindado

obrera, vive también el deterioro derivado de la crisis de la burguesía opositora y, fundamentalmente, de la ofensiva de la dictadura sobre ella (proyecto de Ley sobre Asociaciones Profesionales, la cuestión de la Obra Social) que es parte de la ofensiva sobre la clase obrera.

Por fin y fundamentalmente, el movimiento obrero se halla aún en situación de repliegue y debilidad, y su recuperación deberá recorrer un largo camino de restauración de condiciones más favorables, que demandará la construcción de organismos de combate, de instancias independientes de polarización de la resistencia antidictatorial y contra el colaboracionismo sindical.

A esto se une una cuestión fundamental: la virtual ausencia de una vanguardia revolucionaria en la construcción y disputa de la dirección política del proletariado. Su existencia en el pasado inmediato, fue una de las condiciones del alza del movimiento de masas, y con su accionar político y militar contribuyó de manera decisiva al desgaste y caída del gobierno de Lanusse.

Las condiciones políticas generales que se acaban de describir dificultan y dilatan en importante medida la formación de un bloque opositor que pueda disputar la hegemonía, aun cuando ésta siga siendo la tendencia objetiva del movimiento espontáneo.

Debilidad y acentuación del capitulacionismo de la burguesía opositora; debilidad, vacilación y fractura de la burocracia sindical; repliegue del movimiento de masas; he aquí, —de manera general y esquemática— las causas que alejan

toda posibilidad de una apertura democrática real en el corto plazo.

Así, el próximo gobierno no enteramente militar será —previsiblemente— el producto de una negociación en la cual la dictadura mantendrá la iniciativa política y podrá imponer sus reaseguros a los sectores que participen.

Los partidos políticos

Pero veamos en concreto los movimientos de las representaciones políticas en la coyuntura, que son un índice del desarrollo de la contradicción general entre las FFAA y las masas obreras y populares.

En primer lugar, se destaca el creciente desplazamiento hacia la oposición de un sector del peronismo, coincidente con una fracción de la burocracia sindical nucleada en la Mesa Sindical Peronista. El sector político liderado por Bittel parece dispuesto a rescatar el contenido popular del peronismo como condición de su revitalización, desde la unidad con una parte del sindicalismo y la alianza con sectores políticos reformistas (intransigentes, socialistas, democristianos, comunistas).

Se trata de los primeros pasos hacia un frente político, que desde una acción "oposicionista" capitalice el descontento obrero y popular, apostando al desgaste de la dictadura y proponiéndose como término de unidad de toda la oposición.

Esta fracción del peronismo ha tomado la iniciativa recientemente, a propósito de la visita de la CIDH, con una declaración virulenta contra la dictadura que además de resucitar el gorilismo ancestral de ciertos sectores, ha logrado pasar

al primer plano de la oposición democrática.

Por otro lado, los sectores peronistas que reúnen a Camus, Paladino, Luder, Robledo, etc., en abierta disputa con el anterior, se proponen estrechar lazos con alguna corriente interna de las FFAA con el objetivo de ser "la parte cívica" de un proyecto más o menos corporativista-populista que incluya a los sectores más viles de la burocracia sindical encabezados por Lorenzo Miguel. Sus posibilidades de concreción en las presentes condiciones son prácticamente nulas, y por ahora se limitan a la disputa del aparato justicialista.

Respecto del radicalismo, hoy cierra filas en torno a la figura de Balbín y se propone como el interlocutor más idóneo ante las FFAA, dispuesto a participar del proceso sobre la base de obtener modificaciones en los aspectos más irritativos del plan económico y libertad de movimiento para los partidos políticos.

Hasta ahora, el balbinismo ha mantenido la homogeneidad interna detrás de una política sumamente vacilante frente a la dictadura, y no se ha destacado precisamente por la denuncia a la represión y al terror. Las alas juveniles y del radicalismo provincial, mucho más plebeyas, se han llamado a retiro, al compás de los peligros de una oposición más consecuente a la dictadura.

Junto a los peronistas moderados, los radicales son llamados a conversar con la dictadura, que sondea la futura "propuesta política".

Por su parte, fuerzas relativamente pequeñas como el P. I. y la Confederación Socialista

mienzan a moverse con claras definiciones antidictatoriales. La falta de bases obreras y populares los hace impotentes para llevar adelante una propuesta independiente, y apuestan a una alianza política frentista que les permita participar de un dudoso proceso de apertura democrática arrancado a la dictadura.

En relación a las fuerzas políticas conservadoras, divididas en pequeños partidos provinciales, son la base más firme con que cuenta la dictadura para formar el famoso movimiento de opinión que les sirva de apoyo político a sus objetivos estratégicos.

Finalmente, el desarrollismo centra su actividad opositora en el plan económico; y en lo político, propone su participación sin restricciones en una eventual convergencia con los militares.

Como vemos, el espectro de un posible frente cívico-militar es bastante amplio y variado, y se lo propone desde distintos puntos de vista, casi siempre inaceptables para la dictadura, y lo que es más importante, conlleva al peligro de impedir o destruir la homogeneidad de los partidos políticos. Pero la ruptura y la reconfiguración de la oposición se dará sobre otras bases y en el desarrollo de contradicciones que están ya presentes en este proceso.

La convergencia cívico militar

Si bien la convergencia cívico-militar parece ser la perspectiva más viable, y prácticamente el conjunto de los grandes partidos políticos apuesta a la negociación con las FFAA.

El Topo Blindado

diferenciado de ellas, puede suceder que una tendencia, hoy aún débil y vacilante, cobre fuerza alentada por la lucha de masas y aglutine en los hechos al conjunto de fuerzas y sectores que no participan en la negociación, los que serán dejados de lado o proscriptos tácita o expresamente, y que se enfrentarán a ella desde un frente cívico opositor que puede modificar la reconfiguración tradicional. Porque así como no existe en el presente una alternativa popular que fuerce una definición en la correlación de fuerzas a su favor, tampoco la dictadura cuenta con la capacidad ni el margen de maniobra suficiente para ganar o ampliar un consenso general en el conjunto de la burguesía para sus objetivos económicos y políticos.

En este último aspecto, la dictadura no está dispuesta a sacrificar sus objetivos de fondo en aras de un acuerdo con la burguesía opositora, y su apuesta más probable será la formación de un movimiento político de apoyo a esos objetivos, desde el cual pueda forzar a los partidos políticos a negociar una salida autoritaria y restringida que garantice la tutoría militar permanente sobre el poder político.

Ya señalamos que la convergencia o no con los militares (y las condiciones de esa convergencia, fundamentalmente) es una contradicción presente en las fuerzas políticas, en el seno mismo de los partidos. Esto se ha manifestado públicamente —aunque de manera mucho más compleja— en la crisis del peronismo, en la democracia cristiana y, con su tradicional discreción, entre los propios radicales. También, como es notorio, en la burocracia sindical.

Pero tal contradicción quedará en los forcejeos por mejores condiciones de negociación por arriba si el movimiento de masas no logra abrirse espacios democráticos, si la acumulación unitaria y combativa en su seno no alcanza a perfilar instrumentos de canalización de las movilizaciones en lo sindical, si el proletariado no logra una presencia convulsiónante en el escenario político por medio de la huelga masiva.

Si, por fin, no recupera por esos medios un grado importante de iniciativa política en el futuro próximo.

Es esto lo que fortalecerá a los sectores vacilantes del reformismo pequeño burgués frente a la dictadura y ganará o neutralizará para la conquista de la democracia a los partidos reformistas burgueses,



Ricardo Balbín; endurecido?



Jorge Rafael Videla

abriendo una brecha insuperable entre el participacionismo político que termina por arriar todas las banderas democráticas, y el pueblo trabajador y sus aliados.

Es posible definir desde ya la imposibilidad de que la clase obrera pueda disputar la hegemonía en el presente período, a menos que el proceso de masas dé un salto imprevisible en las actuales condiciones.

Una mínima apertura política de esta dictadura sólo será un pequeño paso adelante en la lucha por la democracia, y quizás implique un mejoramiento en las condiciones en que ella se libra.

La imposición de un gobierno democrático avanzado no es un objetivo alcanzable en lo inmediato, en tanto que existe un profundo deterioro de las condiciones prerrevolucionarias que enmarcaron el proceso anterior, y cuya res-

tauración política demandará un largo esfuerzo.

Pero es necesario plantearse una acumulación de fuerzas obreras y populares en el marco de la lucha por la democracia, que condicione toda salida que prolongue el modelo de estado de excepción que el conjunto de las FFAA aspira a estabilizar, que lo haga lo más inestable posible, y que al mismo tiempo vaya construyendo una alternativa obrera y popular alrededor de un programa consecuentemente democrático, al margen de la legalidad que se gane en este período; más allá incluso del próximo gobierno, cualquiera sea su signo.

De otro modo, las contradicciones de la dictadura corren el riesgo de perpetuarse en un terreno donde la lucha de clases se mediatice con la ausencia del proletariado como protagonista orgánico, y recorra los caminos de las disputas de los partidos políticos y el gobierno; entre éste y la burocracia sindical; entre los propios militares; y en lo económico, entre los sectores burgueses de diversa alineación.

Esto no significa para nada que la presión de las masas esté ausente hoy; mucho menos que los partidos políticos de oposición, las FFAA, etc., puedan hacer caso omiso del descontento de los trabajadores. Pero la clase obrera aún no ha retomado la iniciativa política ni ha roto el marco general de repliegue constituyendo una alternativa insoslayable que radicalice los enfrentamientos, que exaspere las contradicciones, que polarice la lucha por la democracia.

Carece de direcciones de combate y de los organismos de lucha

El Topo Blindado

que se habían forjado en los años previos al golpe; faltan los sindicatos recuperados, las coordinadoras, los enclaves de acumulación revolucionaria en el movimiento obrero que conocimos en el pasado.

Reconstruir tales organismos, es ni más ni menos que retomar —sobre otras bases— la tarea que la crisis y agonía del peronismo en el gobierno dejó planteada: la construcción de una dirección política revolucionaria en el proletariado. Esto no podrá hacerse por fuera de una línea de amplia unidad de masas obreras y populares en el marco general de la lucha antidictatorial.

A nuestro favor tenemos una clase obrera que no ha cesado de resistir en estos tres años, aún a un costo enorme, y que más tarde o más temprano creará las condiciones para regenerar un espacio socialista revolucionario en su seno.

El paso de la actual resistencia dispersa e inorgánica a la constitución de un frente democrático no se concretará —al menos como instancia de nucleamiento de todas las fuerzas democráticas, o de la mayoría de ellas— sino en un contexto de crecimiento del término obrero y popular en su seno, que permita abrir la disputa por la hegemonía del proletariado.

Aun así y en ese momento, se tratará de una unidad contradictoria, inestable, transicional, desgarrada entre el freno reformista y las necesidades de las masas de una democracia revolucionaria socialista.

Dardo Gutiérrez

R

Unidad y anticolaboracionismo

Luego de innumerables marchas y contramarchas, la CNT y los 25 acaban de unirse en un organismo común, quedando por fuera de ellos un pequeño grupo de gremios encabezados por La Fraternidad y Seguros.

Como se ve, la puja interburocrática, que alcanzó una gran virulencia hace muy poco tiempo, no llevó la sangre al río, y las diferencias iniciales parecen atemperarse.

Las controversias sobre las bases en que debía darse esa unidad, sobre el paro del 27 y la concurrencia a la OIT, parecen haber quedado atrás o a un costado.

A esta altura de las cosas el movimiento obrero argentino se debe estar preguntando para qué le sirve esta unidad, qué provecho puede sacar de ella para la conquista de sus reivindicaciones acuciantes, y por sobre todas las cosas, cómo se inscribe este hecho en el objetivo más general de reconquistar sus organismos de masas para el combate antidictatorial.

Los antecedentes

El primer intento de reagrupamiento de la burocracia sindical lo constituye la Comisión de los 25, que en los hechos reunía a 77 gremios, nucleados a iniciativa de la Mesa Sindical Peronista (un sustituto de las 62 Organizaciones), que inicialmente realiza una amplia convocatoria a gremios intervenidos y no intervenidos, con claro predominio de éstos últimos. En los hechos, fue el primer intento de presionar a la dictadura después

de la trágica tentativa de Luz y Fuerza que termina con el secuestro de Smith.

La inminencia de la nueva ley que reemplazaría a la Ley de Asociaciones Profesionales; la imposibilidad de abrir ningún tipo de negociación en el plano económico con la dictadura; el cerramiento en lo político de las FFAA que no quieren saber nada con el peronismo isabelista; el malestar extremo de las bases obreras acorraladas por el inflexible plan económico de Martínez de Hoz resistido largamente en todo el país, son las causas que inciden para que la Comisión de los 25 sea una caja de resonancia del descontento obrero, en un evidente intento de la burocracia de presionar a la dictadura y abrir un espacio de negociación.

En la Comisión de los 25 se agrupan inicialmente un conjunto heterogéneo de gremios: participacionistas, ortodoxos, independientes, combativos, etc. Estas designaciones significan, en la mayoría de los casos, poco o nada, ya que responden a la situación política anterior.

Lo cierto es que la hegemonía de algunos viejos burócratas peronistas es evidente, (el metalúrgico Alberto Campos, ex interventor de la UOM de Villa Constitución; el taxista García; el minero Cabrera; etc.) muchos de los cuales parecen marchar hacia una oposición abierta a la dictadura.

La Comisión de los 25 apaña conflictos parciales en el Gran Buenos Aires, que si bien se generan a partir de la penosísima situación salarial, sirven para

El Topo Blindado

intenta una recomposición de fuerzas por parte de la burocracia después de una larga inmovilidad.

Por otro lado surge la Comisión de Gestión y Trabajo, impulsada por Liendo desde el Ministerio de Trabajo y que incorpora a dirigentes de los gremios intervenidos y otros sectores (viejos traidores como el metalúrgico Baruch, el plástico Triacca, Cala Gómez, y detrás de todo, Lorenzo Miguel). Se proponen a sí mismos como el sindicalismo "profesionalista", apolítico, interlocutores asépticos del ala negociadora de la dictadura que, por otra parte, no tiene nada que negociar, ya que el plan económico del régimen no deja el menor margen para ello.

Opuestamente, los 25 reivindican una participación política del "movimiento obrero organizado", en una clara evocación de los tiempos de los gobiernos peronistas. Así se plantea en la reunión de la OIT, en 1977.

El evidente fracaso de la C.G. y T. en la disputa y el sectarismo creciente de la Mesa Sindical Peronista en el interior de los 25, crea las posibilidades del surgimiento de un nuevo nucleamiento: la CNT, apoyada sin tapujos por sectores militares que tratan de sacar provecho de las divisiones internas del peronismo.

Entretanto, la clase obrera se debate en una resistencia descentralizada, hasta cierto punto ajena a estas disputas. El paro ferroviario de noviembre del 77 es un toque de atención que ni la burocracia ni la dictadura pueden dejar de oír. El conflicto crea un clima de agitación en el proletariado de Buenos Aires que amenaza desembocar en un paro general.

La situación del movimiento obrero

El paro ferroviario de fines del 77 señala, anticipadamente, un cambio en la situación del movimiento obrero, y marca un avance cualitativo en relación a los dos primeros años de la dictadura.

Antes habían fracasado los intentos de establecer cabezas de puente en el movimiento obrero por parte de la vanguardia revolucionaria, como fueron las tentativas de coordinación que se dieron inmediatamente después del golpe a costa de sacrificar toda la acumulación sobreviviente a la ofensiva de la dictadura.

Esta dura experiencia del activismo obrero, demostró que la resistencia clandestina y salvaje no dejaba como saldo la generalización de esa experiencia, ni la extensión de esos métodos al conjunto de la clase obrera, que se replegaba en todas partes; menos aún sirvieron para lograr asentamientos sólidos de organismos de combate que permitieran vertebrar la resistencia a un nivel más amplio. Por el contrario, el rasgo principal era el aislamiento y la imposibilidad de trascender y extenderse. Por otro lado, la intervención a las organizaciones sindicales más importantes y la forzada inmovilización del conjunto de las estructuras sindicales cerró las posibilidades de referenciación en la burocracia para una táctica de presión y exigencias.

Esta situación no es sólo consecuencia de la represión de la dictadura, sino que tiene como telón de fondo *la crisis de dirección política* que el proletariado arrastra desde el último gobierno peronista y el fracaso de la izquierda revolucionaria en resolver esa crisis. Queda como herencia una situación de desarme del movimiento obrero que prolonga la dispersión y desfasa los intentos de construcción de organismos de dirección independientes de la real situación política que viven los trabajadores.

Es así que los intentos de articular la resistencia que se dan en los años '76 y parte del '77 se basaron en la actividad desplegada en el período anterior y no en la recomposición del movimiento obrero sobre nuevos términos de acumulación.

Esto tiene que ver con la persistencia

de la izquierda revolucionaria en una perspectiva que ignoraba los cambios en la correlación de fuerzas, el retroceso sufrido por el movimiento obrero y sobre todo, la necesidad de buscar nuevas premisas de acumulación que tengan en cuenta una situación radicalmente nueva y diferente.

Recién en el último año los conflictos dejan un saldo en la forma de un nuevo activismo surgido espontáneamente, no ligado estrechamente a la vanguardia revolucionaria que apenas sobrevive, que trata de adaptarse a las durísimas condiciones de lucha impuestas por la dictadura buscando resquicios de legalidad, donde los haya, apoyándose en las contradicciones que existen entre la burocracia sindical —sus varios sectores— y la dictadura, aprovechando como se pueda toda estructura sindical que sobreviva, presionando constantemente sobre las direcciones sindicales burocráticas.

Se trata de un proceso lento, difícil, cuya orientación en lo inmediato no es la constitución de organismos de combate independientes, sino mejorar las condiciones de lucha reivindicativa, y que no desdeña el aprovechamiento de las contradicciones interburguesas para paliar la despiadada represión de la dictadura.

Este es el rumbo que señala el largo conflicto ferroviario. Iniciado por los conductores eléctricos del gran Buenos Aires, por las direcciones de seccionales, se extiende rápidamente a todo el gremio, rompiendo una larga tradición de amarillismo sindical de La Fraternidad.

Al igual que en otros sectores del movimiento obrero, se apoya en una burocracia intermedia, a medias democrática, a medias burocrática, hoy empujada al combate por la ofensiva de la dictadura y las exigencias de la base, y que no halla un referente en los grandes nucleamientos sindicales que se negocian por arriba, aunque se alinee en alguno de ellos.

Los condicionamientos de la burocracia

Todos los conflictos salariales que se han venido sucediendo en lo que va de este año, con distintas características, han tenido una continuidad y amplitud que demuestra la presencia de reservas de lucha en el proletariado, más allá de su parcialidad.

Pero sobre todo, ha puesto en evidencia el ahondamiento de la brecha y el despegue de las direcciones burocráticas y sus bases. No se trata de la bancarrota definitiva de la burocracia sindical, ya que eso requeriría una alternativa por fuera de ella que hoy no existe, sino del deterioro de su representatividad —cuyas raíces son claramente políticas y hay que buscarlas en el formidable proceso de alza de masas que se da antes del golpe— que hoy implica serios condicionamientos para moverse libremente en el terreno de la negociación con la dictadura conservando al mismo tiempo una capacidad de convocatoria que le permita presionar sobre el gobierno.

Esto es lo que se expresa en el deliberativismo de los diversos sectores de la burocracia, sus marchas y contramarchas con respecto a la unidad, a la concurrencia a la OIT; en suma, con respecto a la actitud a adoptar frente al régimen relativamente separada del repudio generalizado a la dictadura que manifiesta el movimiento obrero.

En la base de las diferentes posiciones tomadas por la burocracia están también los distintos proyectos de recomposición que recorren las fuerzas políticas.

Hay un sector de la burocracia sindical nucleado en la Mesa Sindical Peronista (columna vertebral de los "25") que se propone recuperar una representatividad desde la oposición al gobierno —centrada fundamentalmente en el plan económico— e intentando capitalizar las reivindicaciones obreras para negociar

El Topo Blindado



Alberto Piccinini, preso desde marzo 1975, actualmente en la cárcel de Rawson. Símbolo de la resistencia obrera argentina.

políticamente la resistencia obrera y popular y ganar espacio para el peronismo en cualquier salida política.

Por otro lado, está el sector peronista colaboracionista que propugna un sindicalismo corporativo ligado a los sectores monopólicos, que tiene como cabeza visible a Lorenzo Miguel y otros dirigentes. Son los burócratas que permanecen en los gremios intervenidos y que colaboran con las intervenciones, que antes fueron base de la C.G. y T. y hoy se agrupan en la C.N.T.

Quedan en el medio, vacilando entre una y otra variante, la mayoría de los dirigentes burocráticos que conforman ambos nucleamientos y que, sin pretender oponerse frontalmente al gobierno se apoyan en el ala liberal de las FFAA para conseguir mejoras reivindicativas y modificaciones en los proyectos de la Ley de Asociaciones Profesionales y de regimentación de las Obras Sociales.

La fluctuación permanente de este sector es consecuencia directa de tres factores: a) la confirmación del sesgo

inflexible tomado por la dictadura con la promulgación de las reformas mencionadas y la continuidad del plan económico; b) el crecimiento de un sindicalismo combativo con las características antes señaladas, y c) la continuidad y radicalización alcanzadas por las luchas obreras.

El deterioro de representatividad del conjunto de la burocracia fue registrado con alarma por los propios burócratas, pues tiene directa relación con la posibilidad de movilizar las bases contra la modificación de la Ley de Asociaciones Profesionales que los borra de un plumazo de la escena política.

Un ejemplo de esto es el paro del 27 de abril, donde, —más allá de las distintas posiciones adoptadas por la burocracia— adhirieron los sectores de trabajadores mejor organizados y con una experiencia de lucha reciente, excepto el curioso caso del SMATA-Córdoba que no acata el paro en una posición antiburocrática derivada del largo pleito que arrastran los mecánicos cordobeses desde los tiempos del clasismo, enfrentados con la burocracia nacional irreconciliablemente.

Aunque los 25 lanzan el paro como una maniobra política destinada a apoyar su propia proyección y no como factor de organización y lucha del movimiento obrero, la medida se basa en necesidades reales y en un contexto de endurecimiento de los sectores más opositores de la burocracia peronista, que amenazan oblicuamente con reeditar la "resistencia peronista".

El paro también revela las reticencias de ciertos sectores empresarios que si bien opositores al plan económico, toman distancia de la medida de fuerza, temerosos de crear situaciones políticas que escapen al margen de las reglas del juego impuestas por la dictadura y aceptadas por la oposición.

Unidad formal o unidad anticolaboracionista

En este marco general se realiza la confluencia de los 25 y la CNT. Se trata de una unidad formal, porque no están resueltas las contradicciones que oponen no ya sólo a los distintos sectores de la burocracia entre sí, sino al conjunto de ella con la dictadura, aunque haya varios dirigentes burocráticos que ya tomaron abiertamente el camino del colaboracionismo más obsecuente.

Pero sobre todo, no hay aquí convergencia sobre un programa de lucha para el conjunto del movimiento obrero —al margen de las declaraciones opositoras—, sino más bien una unificación precaria destinada a intentar la recuperación de una capacidad de convocatoria puesta en serio peligro por las bases obreras.

Para el movimiento obrero no han variado fundamentalmente las condiciones de lucha, y si su difícil recomposición no ha alcanzado aún a fracturar la burocracia sobre otras bases —que signifiquen el aislamiento del colaboracionismo—, es ésa sin embargo la tendencia, y la consolidación de una corriente sindical combativa pondrá sobre el tapete tal alternativa.

La perspectiva de unidad anticolaboracionista es el punto de partida para la coordinación y amplitud de las luchas. Ella parte de dos cuestiones, presentes en la situación política: a) la desacumulación revolucionaria en el movimiento obrero y el retroceso general de las masas; y b) las posibilidades abiertas por las luchas proletarias de articular una política de ampliación de la resistencia antidictatorial y de aislamiento del colaboracionismo sindical y político.

Estos dos aspectos obligan a la definición de nuevas premisas de acumulación en el movimiento obrero, que podríamos llamar indirectas, en tanto no se proponen como objetivo inmediato el

El Topo Blindado

fracturamiento —en términos políticos y organizativos— de una avanzada revolucionaria en el proletariado, como fueron las Coordinadoras, sino la promoción de mejores condiciones para una acumulación democrática general.

En el interior de la línea general anticorporacionista, el objetivo de construcción es un movimiento sindical combativo, apoyado en el nuevo activismo que surge y los dirigentes intermedios que han conducido las últimas movilizaciones. Si bien no es hoy una construcción diferenciada, ya comienza a perfilarse una acumulación en esa orientación, principalmente en el proletariado de Buenos Aires.

Estos dos objetivos están estrechamente entrelazados; no habrá sindicalismo combativo por fuera de una política anticorporacionista que no comience por afianzar una amplia unidad de lucha contra la dictadura y, al mismo tiempo, los objetivos de democratización de los organismos de masas, de legalización y normalización de los mismos, de aislamiento y derrota del corporacionismo, serán posibles en la medida que crezca una alternativa combativa e independiente en el movimiento obrero.

Puede decirse que recién comienzan a crearse las condiciones para aglutinar el nuevo activismo desde su propia experiencia de lucha, que hasta ahora no había encontrado cauce, ni sindical ni político, extraviado en el contradictorio reordenamiento de las distintas fracciones de la burocracia.

Mientras la burocracia se debate entre colaborar o no con alguna de las variantes que la dictadura puede ofrecer, las bases van demostrando a través de sus luchas el contenido antidictatorial y democrático de su unidad de acción.

Es la naciente vanguardia combativa, que paulatinamente va adquiriendo posiciones más definidas con respecto al proceso general que trasciende el marco

reivindicativo, la única capacitada para expresar consecuentemente el término de unidad política de los trabajadores y ponerlo en la realidad como desencadenante de la resistencia general a la dictadura.

Precisamente allí es donde hay que dirigir los esfuerzos, para fortalecer esa acumulación e imprimírle una orientación que asegure su carácter de clase y posibilite su desarrollo revolucionario.

En otro plano, las perspectivas del movimiento obrero apuntan en el sentido de una respuesta generalizada a la política de miseria y opresión de la dictadura, cuya suerte puede ser el aplastamiento represivo, pero que dinamizará enormemente las contradicciones políticas presentes en este proceso.

Las posibilidades de un estallido de masas se diluyen y vuelven a aparecer esporádicamente, en un forcejeo silencioso en donde el movimiento obrero va tentado sus posibilidades.

El aislamiento de los conflictos, la imposibilidad de que alcancen la magnitud necesaria para romper el estrecho marco sectorial y posibilitar su extensión, han mantenido por mucho tiempo los obstáculos para crear o posibilitar la centralización de las luchas.

Sin embargo, el activismo obrero ha buscado y encontrado las formas de ir construyendo sus propias instancias de coordinación. Es lo que dejó como saldo inestimable el paro del 27 y los conflictos que lo precedieron.

La suerte de una táctica destinada a crear un amplio movimiento democrático y combativo se liga estrechamente a la capacidad de construcción política en el movimiento obrero de la vanguardia revolucionaria. Si bien es perfectamente previsible la tendencia general del proletariado a generar respuestas por medio de la acción directa, y por tanto a la radicalización política y democratización de hecho de los organismos sindicales,

no es menos cierto que sin una alternativa concreta, la canalización de las próximas luchas corre el riesgo de quedar en manos de las opciones políticas dispuestas a pactar con la dictadura.

Es indispensable, pues, abrir un marco de disputa en términos de construcción hoy día, hacia una futura dirección política, y ello sólo es posible si a lo largo de este proceso se construyen las herramientas adecuadas.

La articulación de la línea de Frente Democrático en lo sindical se expresa en el anticorporacionismo, en tanto que la construcción de Frente Único radica en el impulso del Movimiento Sindical Combativo; ambos corren juntos y correlacionados, sin diferencias programáticas hoy, pero que tienen una proyección distinta en la realidad.

El anticorporacionismo tiende a unificar en la lucha a sectores contradictorios, que si bien hoy tienen intereses comunes frente a la dictadura, no tienen la misma consecuencia en la defensa incondicional de las reivindicaciones políticas

de la clase obrera, e incluso mantienen objetivos radicalmente opuestos en proyección a los de las bases obreras y los dirigentes combativos. De ahí que el punto de partida no debe situarse en un propósito de acuerdos transitorios con algún sector de la burocracia, menos en llamamientos para "denunciarlos y desenmascararlos" por medio del viejo método ultraizquierdista y retórico, sino en una línea de masas antidictatorial y democrática para unificar al conjunto del proletariado en la resistencia activa a la dictadura (donde tiene plena cabida la denuncia a toda negociación con la dictadura por parte de la burocracia), y para construir en su interior instancias más altas de reagrupamiento de la vanguardia obrera.

Gonzalo Bianini

El Topo Blindado

La fragilidad de una férrea política

Hace exactamente un año, en el número 3 de REARME, nos preguntábamos por el aspecto *positivo* de la política implementada por Martínez de Hoz, es decir, por aquella *reconstrucción* que seguiría a la primera fase de *crisis inducida* (*¿Hacia un nuevo modelo de dependencia?*). Ahora, un año después, todo parece indicar que la tan mentada *reconversión* no se resuelve mientras la crisis se agudiza, sin que pueda vislumbrarse salida alguna a una situación económica notablemente vulnerable a los vaivenes de la coyuntura. Hasta ahora y por un lapso todavía imprevisible, el resultado de la política de Martínez de Hoz es todo lo contrario de una estabilización, y la persistencia en una economía de guerra por parte de la gran burguesía no deja otra alternativa política que la del Terror.

Para hacernos una imagen sintética, anotemos algunos índices significativos:

RESERVAS:

10.000 millones de dólares, de los cuales 2.000 millones provienen de ingresos financieros por exportaciones agropecuarias. Estas divisas han sido "pagadas" a los exportadores en moneda nacional, y en consecuencia, no pueden destinarse a ninguna nueva inversión —según la filosofía del régimen— pues se estimularía la inflación. Por ende, no cabe esperar de esta acumulación de reservas ninguna reactivación económica por vía de la inversión pública.

BALANCE COMERCIAL:

Este año se espera un nuevo superávit de 2.000 millones de dólares (400 millones inferior al del año anterior), pero la composición de las exportaciones argentinas se mantiene inalterable, por ende sometida al *deterioro de los términos del intercambio*. Incluso en las exportaciones de carnes es significativa la reducción de los productos industrializados.

COSTO DE LA VIDA:

Creció un 7.2% en julio, sin considerar las carnes rojas cuyo precio aumenta inconti-

niblemente en el mercado de Liniers desde fines de ese mes. Este incremento que supera los precios internacionales, y provoca la crisis de la industria frigorífica nacional, obedece a una disminución drástica de la oferta debido a la reducción del stock ganadero en un 50% luego de una nueva fase de liquidación de vientres. La oligarquía agroexportadora, que ha sido beneficiada con una desgravación de las exportaciones del 1.5%, contra un incremento de los impuestos que no alcanza al 1% del PBI, presiona para obtener del Estado mayores beneficios.



"cualquiera sea el nuevo modelo de dependencia, todo parece indicar que, a corto plazo, las perspectivas son de recrudescimiento de las actuales líneas recesivas."

CONCENTRACION FINANCIERA: La medida de retirar la garantía del Banco Central a los depósitos superiores a los 100 millones de pesos, tiene el objetivo explícito de liquidar a un 10% de las pequeñas financieras, en su primer año de vigencia, impulsando en consecuencia, una acelerada concentración del sector financiero.

Esta medida no sólo afecta a un sector capitalista medio, de origen nacional, sino también a aquella fracción de la pequeña burguesía que canalizó sus ahorros hacia los depósitos para compensar la drástica reducción de sus ingresos. Este avance en la concentración es correlativo al surgimiento de un sector selecto de altos ingresos, al que se destina la importación suntuaria

El Topo Blindado

(6.000 automotores importados este año de precios elevados, sobre una reducción de la producción interna de alrededor de 20.000 unidades respecto de 1973).

Hay tres aspectos notables de esta situación: Primero, la vulnerabilidad del sistema a los tradicionales factores de disturbio económico (inflación sumada, paradójicamente, al temor a la iliquidez y el incesante incremento del circulante; el aumento del costo de la vida; la inocuidad de las reservas para superar la fase recesiva); segundo, el avance fatal de la concentración monopólica y la correlativa distorsión de la demanda, agudizando la polarización entre sectores de altísimos ingresos y una masa sumergida; tercero, la permanencia *sine die* de la recesión, al grado de que un incremento del PBI que no alcanza a igualar al de 1975, hace temer a las autoridades un *recalentamiento* de la economía.

Por esto, cualquiera vaya a ser el *nuevo modelo de dependencia*, todo parece indicar que, a corto plazo, las perspectivas son de recrudescimiento de las actuales líneas recesivas, con sus secuelas de liquidación de los sectores vinculados al mercado interno y, previsiblemente, de agudizamiento paulatino de los conflictos sociales. Como ocurre con el Rey Midas, todo lo que toca se convierte en oro, pero acaba muriéndose de hambre.

Agustín Giménez
septiembre 79

R

La política económica de la Junta Militar

"... no existe en la Argentina un plan alternativo mejor y hay que atribuirle al Gobierno el mérito de la elección del doctor Martínez de Hoz como ministro y el respaldo en sus momentos difíciles".

Declaración de David Rockefeller (titular del Chase Manhattan Bank) al diario *La Opinión* del 9/3/79, realizada en Buenos Aires.

La política económica es, por definición, un monopolio estatal. En sí misma, no es capaz de transformar las relaciones de producción (el carácter propio del Estado) y más bien nos acerca a entenderla como un fortalecimiento de las relaciones de producción establecidas.

Esto tiene validez fundamentalmente para aquellos gobiernos que por su propia estructura y por la alianza de clases, que configuraban su bloque de poder, se planteaban la redistribución de ingresos en favor de los asalariados y de ciertos sectores de la burguesía, de relativa poca importancia económica. Estas políticas, que no cuestionaban las relaciones de producción dominantes y se montaban sobre la misma estructura económica, desembocaron en una crisis generalizada del sistema: los asalariados intentaban profundizar sus conquistas, los sectores de la burguesía "nacional" trataban de fortalecerse, y los sectores de la burguesía oligopólica y más transnacionalizada junto a los sectores de la oligarquía agroexportadora presionaban a través del gobierno y de los resortes económicos para mantener su predominio en la estructura económica y social. Éste era el panorama hacia fines del gobierno neoperonista. Los conflictos sociales, que tenían su origen en las relaciones de producción, se expresaban ferozmente en la esfera de la distribución, generando un tira y afloje en torno a la distribución del ingreso.

En el ámbito de la lucha política, los avances de la clase obrera y las organizaciones revolucionarias y populares, cerraban el círculo de la crisis generalizada. El conjunto de la burguesía promovía un golpe militar, aunada a grandes sectores de la pequeña burguesía, y ante una suerte de indiferencia por parte de los sectores populares, hacia quienes el gobierno no había demostrado coherencia con sus intereses.

El golpe militar llega, entonces, aplaudido por todas las centrales empresarias, y ante la neutralidad de amplios sectores de la pequeña burguesía.

Esto resuelve el primer problema de consenso, y otorga la ventaja a los militares de acceder al poder sin prácticamente ningún tipo de resistencia.

El Topo Blindado

Pero: ¿quién toma el poder el 24/3/76? Parte de la respuesta podrá ser inferida de la política económica que comienza a desarrollar el gobierno y los efectos que ésta tiene en la estructura económica. Pero otra parte no podrá ser respondida: entendemos que el momento político y el momento económico no necesariamente se encuentran amalgamados. Trataremos de ver cómo desde el punto de vista político, el golpe militar trata de establecer su propia racionalidad burguesa, en tanto representa al conjunto de la burguesía frente a los sectores obreros y populares.

Desde el punto de vista estrictamente económico el gran capital comienza a establecer las reglas del juego (ahora sí a través de la política económica), ajustando cuentas con las clases populares, pero también con ciertos sectores de la burguesía.

Entonces, podemos identificar una primera regularidad en la particular estructura de poder que se establece en ese momento, en consonancia con la propia historia de los golpes militares en Argentina y en varios países de América Latina: las políticas de estabilización que insistentemente se han aplicado.

Sin embargo, habría que hacer una importante distinción: las políticas de estabilización que fueron implementadas principalmente en la década de los '60, podían perseguir como uno de sus objetivos la erradicación de la inflación. La que se establece en este período, ha demostrado que, al margen de sus permanentes declaraciones antinflacionarias, persigue una inflación "controlada", lo que ha sido asignado a un pasaje de una concepción de la inflación monetaria a otra de la inflación provocada por los costos.

Trataremos de identificar las principales medidas que fueron tomadas por la conducción económica en tres frentes: inversiones extranjeras, comercio exterior y política industrial.

Inversiones extranjeras

"¿Es negocio para el capital extranjero invertir en la Argentina en bienes de producción? Desde el punto de vista de los números, sí. ¿Por qué no tenemos entonces más inversiones? Quizás porque desde el poder político no hemos creado todavía la confianza necesaria."

Declaraciones de Massera en la Asociación de Dirigentes de Empresa y Comercialización. *La Opinión*, 28/4/78.

Una de las primeras medidas que toma la conducción económica se refiere a los nuevos mecanismos legales que regularán las inversiones extranjeras. El objetivo declarado era lograr una mayor afluencia de éstas. Los primeros artículos de la ley así lo confirman: "los beneficios del aporte de capitales extranjeros para completar la inversión local, unidos al aporte de tecnología que trae consigo, pueden ser aprovechados por el país sin temor de que su soberanía o poder de decisión sufra mengua alguna, siempre que las normas de la ley sean claras y justas, dado que el

Estado moderno tiene instrumentos tan poderosos a su disposición que no existe empresa o ciudadano, sea de la nacionalidad que fuere, que pueda contrariarlo dentro de los márgenes establecidos por la ley". Veamos cuáles son los márgenes que establece la ley: "... tendrán los mismos derechos y obligaciones que la constitución y la ley acuerdan a los inversores nacionales... Los inversores extranjeros podrán transferir al exterior las utilidades líquidas y realizadas provenientes de sus inversiones, así como repatriar su inversión... El derecho de repatriación se extiende a la totalidad del producido de la realización (por liquidación, ventas, etc.) de la inversión, aunque exceda el monto del capital repatriable". (Ministerio de Economía, boletín, 8/76).

Como vemos, los márgenes legales son sumamente beneficiosos al capital extranjero, no obstante lo cual las inversiones han sido durante todo el período muy escasas. (las autorizaciones fueron entre 3/77 y 8/78 de 114.7 millones de dólares, a los cuales habría que descontar por lo menos, el capital que repatrió la General Motors, amparándose justamente en las cláusulas de la nueva ley).

Al respecto, podemos ver la evaluación que hacen los mismos miembros de la Junta Militar: "¿Es negocio para el capital extranjero invertir en la Argentina en bienes de producción? Desde el punto de vista de los números, sí. ¿Por qué no tenemos entonces más inversiones? Quizás porque desde el poder político no hemos creado todavía la confianza necesaria".

Ésta indudablemente puede ser una de las razones. Sin embargo, la condición "suficiente" parecería ser la capacidad de los mercados nacionales para maximizar su tasa de ganancia en el sector productivo respecto a las posibilidades de acumulación a nivel mundial.

Comercio exterior:

"... hemos duplicado nuestras exportaciones en tres años. Pasamos de tres mil millones de dólares a seis mil trescientos cincuenta millones de dólares. Y las importaciones no han crecido con la misma velocidad..."

Declaración del doctor Martínez de Hoz para *Extra*, agosto de 1979.

Desde la óptica de las exportaciones, hay un sector que es absolutamente determinante: la oligarquía terrateniente de la pampa húmeda. De este sector provienen las 2/3 partes de las divisas generadas por exportaciones.

Es por esta razón que constituye un sector clave en la conformación del bloque de poder dominante.

Las primeras medidas que se toman son: desgravación de las exportaciones de cereales y privatización de la comercialización externa de granos y carnes.

Estas medidas vienen acompañadas de un fuerte apoyo crediticio, que así se desplazó de la pequeña y mediana empresa al campo. Éste

El Topo Blindado

aunque con limitaciones, los grupos socioeconómicos que la forman.

En base a los criterios demarcados por Lenin para definir las clases y con los datos del cuadro A comenzamos a analizar la composición social en Argentina:

CUADRO A Población activa de la Argentina según grandes grupos sociales (1947-1970)

	1947		1960		1970	
	Cantidad	%	Cantidad	%	Cantidad	%
1. Empleadores	1 013 637	16.4	920 991	12.4	514 600	5.7
1.1. Agro	466 171	7.6	255 035	3.4	121 000	1.3
1.2. Industria ¹	229 029	3.7	276 302	3.7	148 350	1.6
1.3. Comercio y finanzas	254 163	4.1	259 260	3.5	173 000	1.9
1.4. Servicios	57 342	0.9	74 645	1.1	58 250	0.6
1.5. Sin especificar	6 932	0.1	55 749	0.7	16 000	0.3
2. Independientes	621 932	10.0	1 098 065	14.7	1 748 150	19.4
2.1. Cuenta propia	440 267	7.1	901 121	12.1	1 462 300	16.2
2.1.1. Agro	64 914	1.0	242 049	3.3	320 700	3.6
2.1.2. Industria	185 089	3.0	321 532	4.3	407 300	4.5
2.1.3. Comercio y finanzas	96 183	1.6	160 659	2.1	431 500	4.8
2.1.4. Servicios	84 797	1.1	106 088	1.4	219 850	2.4
2.1.5. Sin especificar	9 284	0.4	71 793	1.0	82 950	0.9
2.2. Familiares no remunerados	181 665	2.9	196 944	2.6	285 850	3.2
3. Asalariados	4 429 912	73.3	5 190 790	69.9	6 380 500	70.8
3.1. Directivos	—	—	439 295	5.9	585 550	6.5
3.1.1. Profesores y técnicos	—	—	359 832	4.8	517 850	5.7
3.1.2. Gerentes y funcionarios	—	—	79 463	1.1	67 700	0.8
3.2. No directivos	—	—	4 751 495	64.0	5 794 950	64.3
3.2.1. Agro	—	—	683 790	9.3	674 750	7.5
3.2.2. Industria	—	—	2 035 817	27.4	2 383 950	26.4
3.2.3. Comercio	—	—	266 635	3.6	469 350	5.2
3.2.4. Servicios	—	—	1 421 885	19.1	2 000 800	22.3
3.2.5. Sin especificar	—	—	344 368	4.6	266 100	2.9
4. Sin especificar	111 832	0.3	214 678	2.9	368 200	4.1
Total general de activos	6 177 313	100.0	7 424 524	100.0	9 011 450	100.0

FUENTE: INDEC, Censos Nacionales de Población.

¹ Comprende: minas y canteras, manufacturas, construcciones, electricidad, gas y agua, y transporte, almacenaje y comunicaciones.

Las clases sociales se pueden demarcar en base a ciertos indicadores como: a) La propiedad de medios de producción (o capital); b) el control del proceso de producción; c) el empleo de mano de obra asalariada; d) la actividad de trabajo; e) la forma de participación en el proceso de generación y apropiación de trabajo excedente.

Las tendencias fundamentales de la estructura de clases en el período de 1960 a 1970 son:

1. Se acentúa la centralización del capital (década del '60), y se genera una importante expropiación de la pequeña y mediana burguesía por parte de la gran burguesía. Los sectores desplazados de la burguesía caen en la pequeña propiedad independiente sin trabajo asalariado (a diferencia de los países capitalistas centrales).

El cuadro A deja ver el marcado descenso del porcentaje de em-

pleadores entre el '60 y el '70, junto al aumento de los trabajadores asalariados, por lo que se puede suponer un incremento de capital en este período, y también una creciente centralización.

Además el cuadro A señala la caída del peso social de la burguesía, teniendo en cuenta el acentuamiento de este fenómeno en el último período en relación al peso considerable de la pequeña y mediana burguesía (característica del desarrollo capitalista dependiente). La creciente centralización determina cambios en la composición del proletariado: la quiebra de los sectores de pequeña y mediana empresas, que dejan libre mano de obra y que tienen mayor proporción de empleados aunque no pesan en gran medida en la estructura de clases.

2. En la década del '60 hay un cambio importante en la composición interna del proletariado. Se produce un desplazamiento de los sectores productivos a los improductivos, es decir del agro y la industria al sector terciario de la economía.

Se ve en el cuadro B el peso creciente de los trabajadores asalariados de comercio y servicios: el proletariado agrario y el industrial forman el 34% mientras que el comercio y servicios llega a un 28%. Además se observa el descenso de la parte del agro de un 9.3% al 7.5% lo que indicaría una introducción de tecnología produciendo el desplazamiento de mano de obra.

CUADRO B Población activa por ramas de actividad en la Argentina (1947-1970)

	1947		1960		1970	
	Cantidad	%	Cantidad	%	Cantidad	%
Agro	1 622 128	26.0	1 323 951	17.8	1 331 100	14.7
Industria	2 214 680	35.8	2 927 145	39.4	3 175 600	35.3
Comercio y finanzas	854 966	13.8	913 480	12.3	1 618 800	18.0
Servicios	1 374 622	22.2	1 528 127	20.6	2 098 750	23.3
Sin especificar	110 901	2.2	731 821	9.9	787 200	8.7
Total de activos	6 177 313	100.0	7 424 524	100.0	9 011 450	100.0

FUENTE: INDEC, Censos Nacionales de Población.

En este cuadro podemos ver, a partir del cambio en la composición de la población activa, en primer lugar, que los sectores desplazados del agro y la industria logran ocupación en el área de los trabajadores no-productivos, que funciona como una forma de encubrimiento de la desocupación. Por otro lado se observa el peso social ascendente de estos sectores terciarios que pasan a tener una importancia numérica grande.

En el censo de 1970, los empleados de comercio y servicios tienen el 27% de la población activa y el proletariado industrial el 26%, de lo cual vemos que el proletariado industrial funciona como núcleo dirigente pero no como fuerza mayoritaria.

El Topo Blindado

A la vez se desarrolla una concentración de los trabajadores en grandes establecimientos y en especial, la concentración del proletariado industrial en grandes fábricas de tecnología avanzada, que ocupan un lugar central en el proceso económico (ramas de la industria automotriz, siderurgia y petroquímica fundamentalmente). El proceso de concentración y centralización del capital aumenta la escala de la producción, fortaleciendo el alto estrato de la burguesía monopolista, lo que implica el desarrollo acelerado de formas de organización empresarias a nivel social.

- 3• Se acentúa el crecimiento del sector directivo que controla el capital (ver cuadro A).

Para analizar este proceso nos encontramos con el problema de que los datos censales del cuadro tienen la limitación de mezclar a los técnicos con el resto del sector directivo, sin discriminar la existencia de grupos de trabajadores explotados que, si bien no realizan tareas directamente relacionadas a la producción, tampoco pertenecen a la dirección de las empresas.

Tampoco podemos dejar de lado el comportamiento ideológico-político que lleva a estos sectores a tomar posiciones que oscilan alrededor de esta contradicción. Aquí el problema que encontramos es que al analizar los grupos por ocupación se confunde el carácter del trabajo en el sentido cualitativo y las jerarquías en la ocupación. A partir de que la información de los censos es poco precisa no podemos tener una idea clara de las tendencias de este sector. Aún así podemos deducir un creciente papel del sector directivo en diferenciación del resto de los asalariados, en cuanto a intereses de clase contrapuestos, a lo que se le suma el aumento del trabajo no directivo entre los asalariados que forman parte de la administración.

- 4• En la década del '60 aumenta considerablemente el rubro de trabajadores independientes como consecuencia de la centralización del capital y el insuficiente crecimiento de la economía incapaz de absorber a este sector como asalariado; se incrementa la composición orgánica del capital con un pobre crecimiento económico.

Es importante destacar que dentro de este sector existe una diferenciación entre: 1) los propietarios independientes que no tienen trabajo asalariado empleado, pero que se van capitalizando; 2) los que se han proletarizado; y los que, por último, son 3) pequeños comerciantes, campesinos o artesanos que trabajan con la familia en una escala mercantil simple, y cuya reproducción como capitalistas es en igual escala.

El trabajo independiente funciona como ocupación "de reserva" (subocupación), por un lado, ante la falta de alternativas de trabajo estable que caracterizó las décadas del 60 y del 70; por otro lado, asegura mano de obra disponible para ciertos períodos del año o para momentos de expansión de la producción. Por último, permite ciertas actividades como el pequeño comercio, en que el gran capital no se interesa momentáneamente, y ubica en el proceso

productivo a un sector social al que se puede aprovechar a través de la esfera de la circulación, extrayendo el excedente económico a través de la comercialización sin necesidad de invertir en capital productivo (por ejemplo a los pequeños campesinos). Sobre todo el sector independiente crece en comercio y servicios (familias en el agro) o sea también se desplazan al sector terciario.

Rogelio Salamanca.

R

La subsidiaridad y otros dijes indiscretos

"Así como no se pueden quitar a los particulares, para transferir a la comunidad, las atribuciones que son capaces de desempeñar por su exclusiva iniciativa y por sus propios medios, se cometería igual injusticia al mismo tiempo que se perturbaría de una manera perjudicial el orden social, si se retirara a los grupos de orden inferior, para confiarlas a una comunidad más vasta y de rango más elevado, las funciones que están en condiciones de cumplir por sí mismos".

Encíclica *Quadragesimo Anno*

La dictadura se propone iniciar la fase "ideológica" de su ofensiva. Ahora se trata de matar a las ideas. Para vencer la resistencia de las conciencias tiene que justificar los miles de muertos y de torturados, y ofrecer perspectivas superadoras. Mientras se desarrolle la resistencia obrera, y miles de familiares de desaparecidos comparezcan ante la Comisión de la OEA, hallar una justificación parece cosa de hechicería.

No obstante la dictadura cuenta con algunos argumentos ideológicos, notablemente contradictorios con la política económica que efectivamente implementa. Si bien el "principio de subsidiaridad" del Estado, y el Terror, pueden hallar justificación en la doctrina de la acción contrarrevolucionaria, los fundamentos sociales de esa doctrina chocan frontalmente con la política salvajemente monopolística de la granburguesía hegemónica. Esta contradicción quizás explique la impotencia ideológica que hasta ahora ha demostrado el régimen.

Para nuestra sorpresa, el "principio de subsidiaridad" tan mentado por los proyectos de la dictadura para reducir al mínimo la influencia económica del Estado, pertenece a la doctrina social de la Iglesia. No sólo aparece en la Encíclica *Quadragesimo Anno*, sino que es invocada por uno de sus teóricos más agresivos:

el Coronel Pierre Chateau-Jobert. Su libro "Doctrina de Acción Contrarrevolucionaria", publicado por Editorial Rioplatense, aporta algunas claves para comprender el "discurso" de la dictadura. Dice Chateau-Jobert en el capítulo destinado al tema "Descentralizar al máximo: factor de rendimiento y de moral: La descentralización es una de las reglas más importantes en materia de orden social. Ella concuerda con el *principio de subsidiaridad* que señala una de las relaciones normales que debe existir en toda jerarquía: la función de los niveles superiores no consiste en *sustituir* la autoridad y las responsabilidades de los niveles subordinados, por las suyas, sino en otorgarles una ayuda *subsidiaria* —es decir que apoye y complemente— para permitirles cumplir mejor y más fácilmente las funciones que les incumben" (p. 105), "El principio de subsidiaridad preside las relaciones entre el hombre y el Estado" (p. 144). De inmediato, y para apoyar su aserto, transcribe el párrafo de la Encíclica con que encabezamos nuestra nota. ¿No resuena aquí el estilo del discurso dictatorial?

El libro de Chateau-Jobert pone a disposición del régimen un arsenal de argumentos, algunos ya esgrimidos: La contrarrevolución es la afirmación del SER negado por la revolución, y se propone en

contra de ésta, su "reconquista" (p. 23); la Revolución sabe aprovechar el "Juego de la Denigración Sistemática" para aplicarlos a las filas de la Contrarrevolución (p. 152), y en consecuencia, la violencia a la que se ve arrastrada esta última nunca es denigratoria sino restauradora de la personalidad humana; el enemigo es aquel que obstaculiza la tesis y aquel que propaga el error, la libertad de opinión no es un derecho al error; el revolucionario "se coloca, por ello, fuera de esa ley natural y moral que debería respetar para los otros y que, normalmente debería protegerlo a él mismo" (p. 291). Reparemos en la ominosa resonancia de estas últimas palabras, en la amenaza velada que encierran "y que, *normalmente* debería protegerlo a él mismo"... El revolucionario deja de estar amparado por la ley moral natural, ha abandonado a la naturaleza humana: "Lo normal es que los revolucionarios sufran por estar del lado de la Revolución. Así sufrirían la sanción natural a sus errores" (p. 282).

Con tales banderas la dictadura puede desencadenar su Guerra Santa, y señalar no sólo a los revolucionarios sino, como hizo ya Ibérico Saint-Jean plagiando una vez más a Chateau-Jobert, contra los indiferentes y neutrales (p. 281).

Pero Chateau-Jobert llega más lejos: quiere resolver el problema del *consenso* contrarrevolucionario. Para ello propone una "acción capilar", con las palabras de Pío XII al dirigirse a los hombres de la Acción Católica de Italia (20-X-52), para lo que es necesario crear *redes sociales naturales*, cuerpos del tipo de la "mafia" (p. 156). Este consenso permite, a los contrarrevolucionarios, llegar a disputar el Poder "con las armas en la mano", gracias a perspectivas sobrenaturales: "La obtención del consenso permite, precisamente, encarar ciertas perspectivas que permanecen *interdictas* hasta que el posible desencadenamiento de perturbaciones no sea dominado por es-

peranzas razonables de mañanas constructivos" (p. 167). ¡Qué bello eufemismo llamar "perspectivas interdictas" al Terror! Bueno, pues, la dictadura argentina tuvo que dar el golpe sin contar con el consenso y las redes sociales naturales —ya que el ejército es una institución, y ahora se ve forzado a llenar esa laguna en la que naufraga. ¿Cómo hacerlo?

Aquí aparece la contradicción principal, y lo que impide a las FFAA convertirse, propiamente, en el partido político-militar de la granburguesía. En efecto, el contenido económico-social efectivo del discurso ideológico de Chateau-Jobert y de la Iglesia es abiertamente regresivo. La pequeña empresa y el artesano, el control de las corporaciones anónimas, la beneficencia social. Se corresponde con una estructura paternalista que se ubica antes del liberalismo, no ya del capitalismo monopolístico. Es capaz de justificar el Terror pero, tarde o temprano, entra en colisión con el sector hegemónico de la burguesía: el monopolístico-financiero. Esto es lo que hace que la derecha del régimen pueda aparecer enfrentada a su sector de ideología liberal, pero a su vez, que la política económica implementada no se corresponda con ninguno de esos dos discursos ideológicos sino con una praxis crudamente pragmática y sin recursos de consenso. Mientras el Terror necesita hallar su justificación en Dios mismo (nota 190), la alternativa superadora no puede fundamentarse más que en el liberalismo, y mientras tanto, la política efectiva es decididamente pro-monopolística.

¿Cómo conciliar los distintos discursos ideológicos con la realidad?

Estas fracturas internas, si bien secundarias, ofrecen un flanco sumamente vulnerable del régimen, y señalan, su impotencia consensual por encima, y más allá, de la resistencia opuesta por la clase obrera y el pueblo. Si va a tener que remontarse a la Justicia Divina ante la



La "Santa" violencia, para afirmar los valores occidentales.

posteridad, y a la promoción del individualismo en lo económico, ¿cómo hará para enmascarar una política directamente opuesta, que promueve la más salvaje concentración monopólica y el reajuste férreo de la dependencia?

A las contradicciones entre el discurso contrarrevolucionario-teológico para justificar el Terror, la alternativa utópica liberal, y la efectiva política monopólica implementada por Martínez de Hoz, se añade la pugna interna entre distintos sectores del régimen que vive un proceso de "enfeudamiento" del Poder. Mientras la CIDH ha sido oficialmente invitada, recrudecen los secuestros a la luz del día y se reitera la negativa a permitir la salida de Cámpora del país. Cada declaración conciliadora del Gobierno es acompañada, sistemáticamente, por una nueva

ofensiva del Terror, al grado de poner en entredicho la política de mejoramiento de la imagen internacional del régimen, sumamente empañada por la violación de los derechos humanos. Esto señala que las contradicciones internas de la dictadura van más allá de la incoherencia entre sus discursos ideológicos y políticos, y su plan económico.

Balmes

Nicaragua; sus enseñanzas

En medio de una crisis prolongada del sistema capitalista mundial, revirtiendo el proceso de derechización militarista, abierto en el continente por el golpe de Pinochet en 1973, y en circunstancias en que las fuerzas del socialismo continúan careciendo de una conducción revolucionaria internacional que centralice, coordine y respalde sus luchas, la concluyente victoria popular en Nicaragua sobre la dictadura de Somoza y sobre el imperialismo norteamericano reabre y enriquece una serie de cuestiones centrales en torno a las vías de acceso al poder, la construcción del partido y la política de masas.

Mientras el nuevo gobierno orienta la revolución democrática, popular y anti-imperialista hacia la realización de profundas transformaciones sociales de fondo (mediante la organización del poder local con los Comités de Defensa Sandinistas, la expropiación de las principales empresas del país, la conquista por las masas de los medios de comunicación,



Augusto C Sandino

la lucha armada fue la vía necesaria que debió recorrer el pueblo para alcanzar el poder. Como en los casos de la Rusia zarista, China, Argelia, Cuba, Vietnam, Angola —como en todos los procesos en que se han producido verdaderas transformaciones revolucionarias— fue preciso oponer al Estado de la clase opresora y a sus aparatos armados una fuerza política de masas dotada de los instrumentos militares para hacerles frente y derrotarlos también, y en última instancia, en ese terreno.

La importancia de este hecho adquie-

las campañas de alfabetización y sanidad, la discusión de una nueva política habitacional, la entrega de tierras, la nacionalización de la banca y el comercio exterior, entre otras medidas radicales) es bueno detenerse a reflexionar acerca de lo que el proceso nicaragüense nos puede enseñar a los que luchamos por ese mismo futuro en América Latina y en el mundo.

La lucha armada

En primer lugar salta a la vista que, una vez más, en este caso en Nicara-

El Topo Blindado

re actualidad en momentos en que la reciente derrota de numerosos y variados movimientos revolucionarios armados en América Latina induce —por la vía de una legítima revaloración autocrítica de las debilidades en el trabajo político de masas— a un resurgimiento de las tendencias conciliadoras del pacifismo reformista. Hoy la palabra guerrillero es frecuentemente ligada a "ultraizquierdista" dissociado de las luchas populares y florece la elaboración de tácticas y estrategias que omiten la necesidad del armamento del pueblo y sus vanguardias, cuando no lo consideran el signo infundible del fracaso, incluso entre sectores democráticos y antimperialistas que luchan contra las dictaduras militares del continente.

Así, le Monde, expresión de una "izquierda" intelectual con vastas raíces en América Latina, reflexiona amargamente en torno a Nicaragua: "Por lo demás, en lo que ha sido históricamente y sigue siendo la política del poder, nada importante se juega abiertamente en términos puros de justicia: es preciso invocar siempre la fuerza, y transar sobre juegos de amenazas concertadas, para no parecer nunca débiles, para no ser jamás sorprendidos, para dar a la autoridad que se ejerce la credibilidad de la fuerza, ante quienes no creen en nada fuera del poder y que nada buscan fuera del juego individualista del mayor provecho y del mayor dominio sobre los demás". Y agrega le Monde: "Por eso mismo, lo que sorprende es la evidencia profunda, que a veces se impone más claramente, de algo que después es imposible probar —aún menos cuando ha pasado el tiempo y cabe escribir historias sobre una victoria final ya lograda—: que no es la fuerza la raíz última del mundo sino el corazón del hombre".

Por cierto, la justicia acompañó a las masas nicaragüenses en lucha. La misma justicia y la misma razón que asisten a

las masas explotadas de todo el mundo, pero esta vez organizadas en torno a un Frente Sandinista de Liberación Nacional que fue capaz de conducir las, de estructurar sus instrumentos políticos y militares para enfrentar la fuerza de un enemigo implacable.

Y el armamento del pueblo nicaragüense no fue, sin duda, el resultado de un asalto repentino de las masas a los arsenales, sino de la paciente, heroica y tenaz acción de sus destacamentos político-militares de vanguardia que, desde el aislamiento más adverso de la década del 60, transitó las diversas etapas de acumulación de fuerzas que condujeron a la disputa y la conquista del poder.

El problema del partido

¿Hubo un partido que condujo la lucha en Nicaragua o la victoria fue el resultado de un frente popular y democrático catalizado por la oposición a la dictadura somocista? ¿Es necesaria o no una fuerza política dirigente para la toma del poder?

Los procesos revolucionarios no se dan siguiendo una lógica teórica, donde cada paso y cada instrumento o factor se den según un orden preestablecido.

Es innegable que el FSLN difiere netamente por su generación, su organización interna (hasta pocos meses antes de la caída de Somoza se hallaba dividido en tres tendencias autónomas) y por su práctica, de lo que podría denominarse un modelo "clásico" de partido. No es tampoco el modelo foquista del "partido-ejército", de la organización partidaria como emanación del foco guerrillero teorizada por los cubanos, ya que el FSLN se dio desde hace varios años una política de organización de las masas a través de la estructuración de movimientos en los sindicatos, los barrios, el campo y hasta en amplios sectores de la pequeño-burguesía, a los que dotó de programas de acción y puntos reivindi-

cativos que no estaban al servicio directo de la lucha militar, sino que respondían a las necesidades inmediatas y a las conquistas posibles de esos sectores.

Fue capaz, así, de aglutinar a la inmensa mayoría del pueblo en la lucha final contra el enemigo, convirtiendo lo que fue en un principio la acción de grupos guerrilleros minoritarios en una guerra de clases protagonizada por las masas. Este enorme éxito político fue, precisamente, el principal factor que impidió una intervención imperialista que hubiera encontrado una resistencia prolongada y eficaz.

Tampoco el Movimiento 26 de Julio ni el FNL argelino, ni el angoleño, fueron partidos revolucionarios.

Pero estas comprobaciones no pueden ocultar que en todos esos casos, y también en el nicaragüense, sin conducción política no hubiera sido posible el triunfo de la revolución.

En Cuba, inclusive, ni siquiera todo el Movimiento 26 de Julio, sino sólo su ala radicalizada, coherentizó en un proceso la trayectoria hacia la revolución.

sin embargo ¿es pensable la Nicaragua de hoy sin el FSLN? Es siquiera imaginable sin la unificación de las diversas fracciones en marzo pasado?

Más allá de las denominaciones cabe, pues, extraer la necesaria conclusión de que todo proceso hacia la toma del poder por las masas requiere que éstas dispongan de una conducción que las interprete, organice y dirija en la lucha contra la clase minoritaria dominante, conducción sin la cual resulta imposible una victoria perdurable.

Aprovechando condiciones nacionales y regionales particularmente propicias —aislamiento y corrupción de la dictadura de Somoza, generalización de la lucha en países limítrofes, crisis y debilidad del poder imperialista norteamericano, tradición sandinista (o sea antipe-

rialista) de las masas nicaragüenses— el FSLN fue capaz de erigirse en el intérprete y dirigente reconocido de todo el pueblo sin transitar por las formas organizativas partidarias consideradas clásicas.

Hoy, la mayor definición política e ideológica a que irá obligando el proceso revolucionario nicaragüense obligará sin duda a diferenciaciones internas y a reestructuraciones nuevas y más precisas del instrumento político revolucionario. Quizás el partido, bajo el nombre de FSLN, esté ya en formación en Nicaragua, buscando los canales y las estructuras para mantener viva la relación con las masas, entre sus bases y sus organismos dirigentes, con relación al Estado, con otros partidos revolucionarios.

¿Son el proceso cubano (donde también el partido propiamente dicho fue posterior a la caída de Batista) o el proceso nicaragüense la demostración de la prescindibilidad de la construcción del partido revolucionario?

La respuesta es no. Que determinados procesos históricos se den bajo unas u otras formas no indica un camino necesario a seguir, ni que sea deseable recorrer tal o cual camino. También podrían citarse ejemplos inversos (el ruso, el chino, el vietnamita) igualmente irrelevantes si se toman como recetas.

Lo cierto es que la mayor y mejor estructuración de un organismo dirigente de vanguardia que llegue a conducir a las masas es un deber de los revolucionarios, llámese éste Partido, Frente, Movimiento, ya sea que cristalice antes o después de la toma del poder. Lo deseable es, siempre, construir la conducción revolucionaria lo antes posible dentro de un proceso. Nadie ignora que una construcción que se desarrolle en contra de un proceso, postergándolo o aislándolo de él, como desgraciadamente ha sucedido en tantos casos recientes, está condenada a no pasar de los cimientos.

El Topo Blindado

La política de masas

Una característica sin la cual hubiera sido imposible la revolución nicaragüense fué que, habiendo comenzado como una acción guerrillera relativamente aislada de las masas y minoritaria en cuanto a sus efectivos, logró enraizar paulatinamente en los diversos sectores populares hasta ganarlos para la lucha y terminar transformándose en la representación de todos los sectores opuestos a la dictadura somocista.

Si en lugar del FSLN los revolucionarios nicaragüenses hubieran optado por desarrollar una organización principista, que buscara representar única y exclusivamente al proletariado, lo más proba-

ble es que no hubiese podido superar la etapa embrionaria ni hubiera sido capaz de convertirse en el caudillo de todas las masas. Por el contrario, el FSLN buscó aglutinar en torno a sí no sólo a los revolucionarios socialistas sino a la inmensa mayoría de la población que, sin tener una conciencia de clase, política e histórica, que le permitiera definirse en cuestiones de principio, e inclusive teniendo, en muchos casos, intereses materiales de clase opuestos, en última instancia, a un modelo socialista, fueran en cambio capaces de sumar fuerzas en la lucha contra el bloque enemigo principal y común: la dictadura y el imperialismo norteamericano. Así logró aprove-

char las debilidades y las contradicciones del régimen y de sus sostenedores desde el exterior y llegar a los momentos decisivos del enfrentamiento con la fuerza determinante del abrumador apoyo popular a su favor.

Una prueba concluyente de la eficacia de la política de masas del FSLN la constituye el éxito de la proclama del 31 de mayo, llamando al pueblo entero de Nicaragua a la huelga y la insurrección generales, para apoyar, hasta la victoria, la ofensiva final.

El país quedó paralizado, tanto en la industria como en el comercio y el transporte, y la población volcó de inmediato su apoyo activo a la ofensiva militar sandinista en todo el país.

Fue el golpe decisivo que puso al régimen a la defensiva y redujo a un mínimo la posibilidad de desplazamiento de la poderosa Guardia Nacional, al tiempo que hizo más difícil cualquier decisión de intervención imperialista.

Este apoyo de masas al FSLN no fue el resultado espontáneo de una coincidencia de situaciones sino que coronó largos años de trabajo político en el seno de las organizaciones populares, creándolas, orientándolas, sosteniéndolas, en la lucha reivindicativa y antidictatorial de todos los días.

Allí reside la diferencia entre el llamado a la huelga general exitoso del FSLN y el fracaso del mismo llamado efectuado pocos meses antes de la caída de Batista por el Movimiento 26 de Julio.

La consecuencia de tal movilización y participación de las masas en los últimos momentos de la lucha fue una toma del poder en que el pueblo mantuvo su control directo sobre los nuevos órganos de gobierno y no se vio postergado a la situación de influir por intermedio de fuerzas que le fueran ajenas.

Hoy se organizan en toda Nicaragua los CDS (Comités de Defensa Sandinistas) mucho antes que en el proceso cuba-

no, donde los CDR (Comités de Defensa de la Revolución) constituyeron una respuesta a los primeros ataques directos del imperialismo, y acaba de crearse —bajo conducción revolucionaria— la nueva central de trabajadores sandinistas.

Pero la política exitosa del FSLN enseña algo más: que en ningún país periférico es hoy posible una toma sólida del poder político por parte de las masas explotadas si no se nuclea en la lucha contra el enemigo no sólo a las fuerzas de los as-lariados, sino también a todo el pueblo, incluyendo a amplios sectores de las capas medias, pequeña burguesía comercial, industrial y profesional, así como a las vastas áreas de población no directamente ligadas al aparato productivo) juventud, amas de casa, pobladores ocasionales o permanentemente desocupados, etc..

Lo que vendrá

Nicaragua da los primeros pasos en la construcción de una nueva sociedad. En qué medida será nueva depende de múltiples factores en fluido desarrollo. La heterogénea conjunción sociopolítica que es la base del proceso, el semibloqueo exterior representado por una "ayuda" deficiente y lenta, el desmantelamiento del aparato productivo dejado por la guerra, son algunos de los principales problemas inmediatos a resolver en un marco donde la escasez y hasta el hambre condicionan respuestas urgentes.

Contrabalanceada en parte la amenaza de las dictaduras centroamericanas limítrofes (Guatemala, Honduras, El Salvador) por la presión creciente de las luchas populares que las jaquean, y momentáneamente conjurada la posibilidad de una intervención del imperialismo norteamericano —en plena crisis recesiva y en vísperas de elecciones—, el curso de la construcción nicaragüense parece depender hoy de las relaciones de fuerza



El Topo Blindado

internas en mayor medida que otros procesos análogos.

Son debilidades de la alternativa socialista revolucionaria, que habrá que ir superando en el trayecto de una acción sometida a intensas solicitaciones prácticas, la precaria homogeneidad del nuevo bloque de poder y del propio FSLN (alcanzada en los últimos tramos de la lucha contra el somocismo pero que puede abrirse en caminos divergentes a la hora de determinar rumbos definitivos de la actual etapa de construcción) y la herencia de atraso dejada por el régimen dictatorial, tanto en el plano económico como en el social y en el educacional.

En cambio operan claramente a favor la forma de acceso al poder —con el desmantelamiento de la parte fundamental del Estado somocista, la disolución de la Guardia y su sustitución por fuerzas armadas populares, la renovación de los cuadros de los medios de comunicación y de la administración pública, la instauración de un nuevo aparato judicial bajo

el control de masas— y la flexible habilidad con que la Junta de Reconstrucción ha logrado bloquear hasta ahora todo intento intervencionista, toda maniobra orientada a la división interna y a la implantación de cabezas de puente contrarrevolucionarias capaces de tomar la iniciativa apoyándose en las contradicciones existentes, en el desgaste del proceso y en las penurias socioeconómicas de la etapa.

También de este proceso, de la compleja lucha que se entablará por imprimir una orientación definitiva a la revolución democrática, popular y antimperialista de Nicaragua entre las diversas fuerzas histórico-sociales en juego, tendremos mucho que aprender.

Ramón Fedri

R

El dilema democrático (I)

(Primera de dos partes)

La cuestión democrática está en el centro de la polémica actual. El eurocomunismo en la teoría, y la revolución nicaragüense en la práctica, ponen sobre el tapete a la democracia. Pero el origen de esta problemática es más profundo. Se remonta a la crisis política y teórica del marxismo abierta en la década de los sesenta, cuyo detonante fue y sigue siendo la *política de masas*. La bancarrota del stalinismo puso súbitamente de manifiesto su radical incapacidad para dirigir efectivamente al movimiento de masas revolucionario. Lo que hasta entonces no pasaba de ser una *degeneración burocrática*, reveló fundamentarse en una concepción totalizadora de cuño positivista —íntimamente vinculada con la ideología socialdemócrata clásica—, y acarrear una evidente impotencia política frente a la inminente crisis del capitalismo y el ascenso de masas. Lo que empezó siendo una crítica al "*pacifismo*" stalinista —tanto en el terreno internacional con la polémica acerca de la *coexistencia pacífica*, como en América Latina con el *foquismo*—, derivó en el cuestionamiento abierto o velado de la dictadura del proletariado y en la reivindicación de una línea democrática como recuperación de la vía de masas. Esta identificación inmediata entre democracia y política de masas encuentra en la experiencia argentina de 1973 un asidero real. El carácter doctrinarista y sectario del marxismo revolucionario de la época, lleva a la izquierda socialista a la marginación del proceso de masas y al abstencionismo electoral. La crítica superficial de aquella errónea posición puede llevar —y de hecho llevó—, al culto de la democracia como única consigna movilizadora y esencia de la línea de masas de los comunistas. Si el olvido ultraizquierdista de los márgenes de maniobra democrática que la crisis abre en el Estado burgués —olvido que acarreó la bancarrota de la izquierda socialista revolucionaria nacida en 1969—, impide superar los límites artesanales de aquellos grupos que concebían la construcción del partido como una edificación puramente *interna y autocentrada* a partir de la asunción *ideológica* de la vanguardia, el error inverso de cifrar toda la política de masas en la democracia lleva a estimular las *ilusiones espontáneas* del pueblo en el Estado y a diluirse en el movimientismo. Se trata, entonces, de plantear la cuestión de la democracia en el contexto marxista de la vía estratégica y la táctica política —carácter del Estado y correlaciones de fuerza—, a fin de extraer de nuestra propia experiencia todo su fecundo contenido ¹.

¹ En un artículo anterior (*Praxis y Partido* — REARME n.º 2) intentamos una caracterización de la concepción del Partido-Totalidad propia del stalinismo, y sus complejas relaciones con: 1. La concepción metodológica del último Marx, en la Introducción de 1857; 2. La posición de Le-

LA DEMOCRACIA EN MARX

"El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra"... "el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia".

K. Marx. Manifiesto Comunista.

El pensamiento político de Marx mantiene una coherencia sustancial desde la Revolución de 1848 hasta la derrota de la Comuna de París de 1871. Esta continuidad sigue dos líneas paralelas: 1. El carácter de clase del Estado como Poder; 2. La democracia de masas. Pero ambos aspectos se combinan de manera diversa en la coyuntura de una y otra revolución. Mientras en el Manifiesto la *organización del proletariado en clase dominante* es igual a la conquista de una auténtica democracia, en *La Guerra Civil en Francia* la erección del proletariado en clase dominante implica la transformación radical del tipo de Estado, y la instauración de una forma política nueva sobre la base de la Comuna: *la dictadura del proletariado*. Lo que en el Manifiesto aparece, todavía, como un proceso de continuidad en la *profundización* de la democracia, es ya en el análisis de la Comuna de París una ruptura franca tanto con el Estado Capitalista como con su forma política fundamental: la democracia burguesa. Esta modificación política sustancial supone un cambio en la concepción misma de la revolución proletaria, y la superación aunque sea parcial, del modelo de la revolución burguesa de 1789. Engels, por ejemplo, aclara perfectamente este tránsito en su famoso prólogo a *Las Luchas de Clases en Francia: Cuando estalló la revolución de febrero, todos nosotros nos hallábamos, en lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo la fascinación de la experiencia histórica anterior, particularmente la de Francia. ¿No era precisamente de este país, que jugaba el primer papel en toda la historia europea desde 1789, del que también ahora partía nuevamente la señal para la subversión general? Era, pues, lógico e inevitable que nuestra manera de representarnos el carácter y la marcha de la revolución "social" proclamada en París en febrero de 1848, de la revolución del proletariado, estuviese fuertemente teñida por el recuerdo de los modelos de 1789 y de 1830. Y agrega más adelante: Después de las derrotas de 1849, nosotros no compartimos, ni mucho menos, las ilusiones de la democracia vulgar agrupada en torno a los futuros gobiernos provisionales IN PARTIBUS. Esta democracia*

... nin en *¿Qué Hacer?* y la contradicción no resuelta, en el interior de su pensamiento, entre una concepción de la praxis política netamente revolucionaria y una visión crudamente positivista en el terreno epistemológico (*Materialismo y Empiríocriticismo*); 3. La síntesis peculiar que realiza el stalinismo entre una concepción hegeliana de la dialéctica y del Estado, y una visión positivista del conocimiento y de la ciencia. Todo esto le permitió al stalinismo dar respuesta a la coyuntura política inmediatamente previa y posterior a la II Guerra Mundial, en una situación de repliegue de masas y nuevo auge capitalista. Precisamente cuando esa recuperación entra en crisis arrastra en su caída al stalinismo como concepción ideológica, y da lugar a toda una serie de versiones corregidas de sus mismos fundamentos —como por ejemplo el eurocomunismo—.

*vulgar contaba con una victoria pronta, decisiva y definitiva del "pueblo" sobre los "opresores", entre los elementos contradictorios que se escondían dentro de este mismo "pueblo"*². Así, en el análisis de la Comuna de París de 1871, la dictadura del proletariado aparece como el arma necesaria para derrotar definitivamente a los opresores, una vez conquistado el Poder por el proletariado, y a su vez, para dirimir las contradicciones internas dentro del campo popular. Dice Marx: *La Comuna dotó a la república de una base de instituciones realmente democráticas, pero no se trata de una democracia parlamentaria*³ y el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas para la *autoadministración de los productores*⁴. Se trata de una nueva democracia cuyo origen no está en el juego institucional sino en la lucha de clases, y cuyo objetivo no consiste en *realizar* la democracia *profundizando* las libertades del Estado burgués, sino *extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases, y por consiguiente, la dominación de clases*⁵. Aquí aparece una concepción nueva y distinta del Estado Capitalista que la que sustentaba la posición del Manifiesto Comunista, y en consecuencia, no es posible yuxtaponerlas sin crítica. Mientras la visión del Manifiesto está profundamente influida por el modelo de la revolución burguesa de 1789 y 1830 —y es inseparable de esa influencia—, la revolución de 1871 produjo en los hechos una nueva forma política del Poder Proletario, y por ello obliga a un replanteo no sólo del carácter del Estado sino de la propia democracia.

De todos modos, y pese a este desarrollo decisivo de la concepción revolucionaria de Marx entre ambas revoluciones, su política no llega a superar un radical espontaneísmo: en última instancia la revolución proletaria se limita a *liberar* las fuerzas oprimidas que la sociedad guarda en su seno. Dice Marx: *Los obreros saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán completamente las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar rienda suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno*⁶. Esta limitación en la concepción política de Marx impide, por un lado, superar definitivamente el modelo político de la revolución burguesa, y por el otro, hará posible los *equivocos democráticos* sobre los que se fundará la continuidad entre el marxismo clásico y la socialdemocracia alemana.

ENGELS Y LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA

"El método de lucha de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos"...

² Marx/Engels, Obras Escogidas en I Tomo, pág. 677/678.

³ Marx, *La Guerra Civil en Francia*, Editorial Progreso, Moscú, pág. 67.

⁴ Obr. Cit. pág. 64.

⁵ Obr. Cit. pág. 65.

⁶ Obr. Cit. pág. 68/69.

El Topo Blindado

"Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que siguió desarrollándose rápidamente. Se vió que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones". . . "Y se dió el caso de que la burguesía y el Gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales".

F. Engels. Introducción a Las Luchas de Clases en Francia (1895)

La cita pertenece al *testamento político* de Engels, sobre cuya publicación mutilada e interpretación unilateral se basó la continuidad entre la primera y la segunda generación marxista. Bien puede afirmar Erich Matthias⁷ que la relación entre Engels y su albacea, Karl Kautsky, tuvo su origen en un *equivoco*, pues mientras el primero no acababa de abandonar su tradición jacobina aunque considerara superada, históricamente, la lucha de barricadas y pusiera en su lugar el pacífico combate electoral, Kautsky termina reduciendo la política socialdemócrata a la defensa del sufragio y las organizaciones legales conquistadas (sindicatos y partido). De todos modos, este *equivoco* histórico, que duró veinticinco años y determinó en gran medida el porvenir de la revolución proletaria en nuestro siglo, tiene causas más profundas y complejas. La primera de ellas es, a nuestro entender, la ya señalada imperfecta superación, por parte de Marx y de Engels, de su originaria concepción política lo que impide articular, en una línea efectiva, la continuidad del movimiento de masas democrático con la ruptura definitiva con el Estado Capitalista y la democracia burguesa que es su forma principal de gobierno (al menos durante la segunda mitad del siglo XIX). Pero la otra causa, y quizás la decisiva, estuvo en la fase histórica durante la que se constituye el partido socialdemócrata alemán. En efecto, desde 1875 hasta 1900 el capitalismo alemán vive un período de desarrollo y prosperidad creciente, lo que garantiza la estabilidad social y política del sistema y ofrece a las masas perspectivas reales de mejoramiento en su situación. En el último cuarto de siglo se conquista el derecho de voto, se organizan los grandes sindicatos de masas y crece el partido de vanguardia, todo esto dentro del juego de las instituciones del Estado y su legalidad. El afianzamiento del capitalismo de libre competencia facilitaba el funcionamiento normal de los mecanismos de consenso del Estado, y la consolidación de una oposición obrera. Y finalmente el factor ideológico decisivo estuvo en la extensión alcanzada por la concepción positivista de la sociedad y de la ciencia, que influyó notablemente tanto en el pensamiento de Engels como en la política socialdemócrata. El positivismo clásico, forma cabal de la ideología de la burguesía liberal, se impuso predominantemente al conjunto del pensamiento europeo de la época, de tal manera que la socialdemocracia podía confiar tanto como la

burguesía en el progreso ininterrumpido de la sociedad, en la evolución pacífica de la libertad y el bienestar bajo la conducción de las vanguardias concientes, auténticos *sujetos* de la razón histórica: el Estado y el Partido. Este ideal compartido caía fuera del horizonte político de Engels, pero tenía orígenes comunes en su concepción del conocimiento científico y por ende, en la racionalidad histórica. La socialdemocracia alemana desarrolló una política legalista, ceñida a los límites de la democracia burguesa, sin necesidad de abandonar el materialismo dialéctico y el historicismo, y aplicando rigurosamente a la lucha de clases el método y hasta la terminología de Karl Von Clausewitz. Paradójicamente, la praxis política se reducía a la táctica militar, pero descartando en los hechos toda posibilidad de resolver el combate decisivo: el encuentro final.

Así llegan la *derecha* y el *centro* socialdemócrata a la crisis general del capitalismo a comienzos del siglo XX. En el doloroso tránsito del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopolista y el imperialismo, no sólo quiebra la ideología liberal-positivista y crece la burocracia y el militarismo hasta cerrar todo horizonte democrático en el Estado, sino que entra en bancarrota la propia política socialdemócrata. Esta bancarrota tiene un doble detonante: las huelgas políticas de masas que provoca la crisis capitalista en toda Europa, y la amenaza cada día más grave de abolir el sufragio universal y la legalidad de las organizaciones obreras. Todo esto bajo el cielo ominoso de la guerra. Esta situación torna insostenibles a los viejos *equivocos* y desenmascara la verdadera concepción que fundamentaba la política socialdemócrata y su liderazgo indiscutible en la II Internacional. La polémica acerca de la *huelga política de masas*, que divide a la socialdemocracia alemana desde comienzos de siglo hasta la ruptura definitiva, al concluir la Primera Guerra Mundial, es el verdadero trasfondo de la *polémica del derrumbe* que le es contemporánea. Por ambos lados, en términos tácticos y en términos estructurales, se debate un único problema: la línea de masas proletaria en una coyuntura revolucionaria. Y en la medida que el nudo de esta polémica crucial es el Poder, lo que se debate es tanto el carácter del Estado Capitalista en la nueva fase imperialista como la política democrática. Volver a aquella discusión produce una sorprendente sensación de actualidad.

En el seno de la socialdemocracia alemana se perfilan tres posiciones. La derecha sostenía el carácter progresivo de los monopolios en la superación de la anarquía de la producción capitalista, y por ende, proponía la alianza estrecha con la granburguesía a fin de avanzar pacífica y progresivamente hacia el socialismo. Esta era una tarea de la vanguardia consciente, a despecho de los alzamientos espontáneos e irracionales de las masas que debían ser contenidos a todo trance y reorientados por medio de la ilustración socialdemócrata. El centro, con Karl Kautsky, sostenía una posición abiertamente oportunista: la cuestión del enfrentamiento decisivo entre el proletariado y la burguesía es puramente *táctica*, no pueden predecirse sus formas políticas como es imposible predecir los alzamientos espontáneos de masas (así como no

⁷ Erich Matthias, *Kautsky y el Kautskismo*, en *La Revolución Social / El Camino del Poder*, Cuadernos de Pasado y Presente n° 68.

El Topo Blindado

son decretables tampoco pueden ser evitados). Todo se reduce a un análisis de coyuntura, donde el proletariado debe pesar cuidadosamente la posibilidad de arriesgar sus organismos de masas dolorosamente arrancados a la clase dominante, en pro de un objetivo revolucionario más o menos utópico. Kautsky no descarta, en principio, la huelga política de masas como método de lucha histórico del proletariado, pero le asigna un puesto de *última instancia*: sólo para defender el derecho del sufragio en el caso en que la burguesía se atreva a sustraerlo. Para esta concepción se trata más de *organizar* cuidadosamente la revolución, según un método científico que sigue siendo positivista, que de *dirigir* un movimiento que protagonizan las masas sin partido. Y si bien Kautski no puede negar el carácter insurreccional que adquieren las luchas obreras al calor de la crisis del capitalismo, impone a ese movimiento la cuadratura del partido como única vanguardia consciente y capaz de realizar el cálculo racional de lo que es posible ganar y perder en cada acción: *Seguro: respeto por las masas proletarias ya que sólo ellas pueden guiarnos hacia el triunfo. Y actualmente ella es intelectual y moralmente superior a cualquier otra masa. ¡Pero debemos respetar sus puntos de vista sólo allí donde están imbuídas de conciencia de clase, donde piensan autónomamente y sopesan cuidadosamente los distintos argumentos; pero ningún respeto ante los ciegos instintos!*⁸ Muchos de estos conceptos, y otros de Kautsky, van a pasar explícitamente al discurso de Lenin, pero en un contexto teórico y práctico totalmente diferente. Evidentemente para Kautsky la legalidad democrática sigue siendo el arma fundamental del proletariado, sobre todo en una situación de crisis capitalista que convierte a la democracia burguesa en principal enemigo del propio sistema.

Esta posición oportunista y conservadora será enfrentada, en todos los terrenos, por Rosa Luxemburg. Para el ala izquierda de la socialdemocracia, ha sonado la hora de la revolución proletaria en Europa. Todo su pensamiento político está determinado por este hecho. Por esto Rosa Luxemburg va a enfrentar la presunta perspectiva de progreso y superación que la fase monopólica abriría al capitalismo, resaltando en cambio, el recrudescimiento de la anarquía y los conflictos sociales y la inminencia de la guerra en el nuevo período imperialista. Pero contra el *centro* kautskiano, Rosa Luxemburg deberá desarrollar una lucha política a fondo. Se opondrá a una política basada en las *ilusiones de la democracia burguesa* insistiendo en la necesidad de su superación por el desarrollo del accionar espontáneo de las masas: *La huelga de masas es, por consiguiente, la forma natural y espontánea de toda gran acción revolucionaria del proletariado; cuanto más importante se vuelve la industria como forma predominante de la economía de una sociedad, mayor es el papel desempeñado por el proletariado en la revolución, más exasperada es la oposición entre el capital y el trabajo y mayor importancia y amplitud tienen necesariamente las huelgas de masas. La precedente forma*

⁸ Karl Kautsky, *La Nueva Táctica*, en *Debate sobre la huelga de Masas* (segunda parte), pág. 88, Cuadernos de Pasado y Presente n° 63.

*básica de las revoluciones burguesas, la lucha de barricadas, el enfrentamiento directo con el poder armado del Estado es en la revolución moderna un mero punto externo, un momento solamente de todo el proceso de la lucha de masas proletaria.*⁹ Enfrentará también la concepción subyacente en Kautski, *rígida y mecánica, propia de la burocracia*, que sólo admite la lucha como consecuencia de la organización que ha llegado a un cierto grado de fuerza, cuando por el contrario, es la evolución dialéctica viva la que hace nacer a la organización como producto de la lucha.¹⁰ Esta política conservadora *desembocaría en la paradójica conclusión de que cuanto más grandes y fuertes son nuestras organizaciones, tanto menos posible se vuelve su accionar, dado que nos volvemos más temerosos.*¹¹ A las largas divagaciones kautskianas acerca de la estrategia de *desgaste* o de *ofensiva*, de las huelgas *demostrativas* o *coercitivas* —concibiendo a esta última como el arma fundamental y definitiva con que cuenta el proletariado para su lucha revolucionaria—, Rosa Luxemburg opone una crítica decisiva a la antagonización entre lucha económica y lucha política reivindicando su sustancial continuidad en el movimiento espontáneo, y la necesidad tanto de preparar la huelga política de masas como de dirigirla: a tal grado la iniciativa de las masas es fundamental para la concepción de Luxemburg, que la dirección político-táctica de la vanguardia socialdemócrata acaba reduciéndose a una orientación puramente *técnica*.¹² *Un fenómeno histórico tal como la huelga política masiva no puede provocarse mediante una orden, pero tampoco puede detenerse mediante una orden una vez que el tiempo ha madurado para ello. Si omitimos la preparación de las masas mediante un profundo planteo de la huelga política de masas en conexión con el desarrollo histórico y político, todo cuanto lograremos será que, llegado el momento, las masas se lancen a la huelga no bajo nuestra conducción sino en caótica confusión. No somos nosotros, sino las masas la que están destinadas a decidir cuando habrá madurado el momento, y es nuestra obligación darles las armas espirituales, una clara visión de la trascendencia de la lucha, de la magnitud de las tareas a cumplir, y de los sacrificios que a ellas se vinculan. Pues en este caso, como en cualquier otra lucha política, el estar preparado lo es todo.*¹³ En el contexto de una política que Lenin caracterizará como espontaneísta —y ya veremos más adelante por qué—, resuenan en el fragmento transcrito las palabras de Marx acerca de la iniciativa de las masas en la insurrección de los comuneros.

⁹ Rosa Luxemburg, *Huelga de Masas, Partido y Sindicatos*, Cuadernos de Pasado y Presente n° 13, pág. 95.

¹⁰ Obr. Cit. pág. 89.

¹¹ R. Luxemburg, *¿Y después qué?*, en *Debate sobre la Huelga de Masas*, primera parte, Cuadernos de Pasado y Presente n° 62, pág. 124.

¹² R. Luxemburg, *Huelga de Masas, Partido y Sindicatos*, Edit. Cit., pág. 80/81.

¹³ Obr. Cit. pág. 130. Respecto a la separación "artificial" entre lucha política y lucha económica, dice lo siguiente: "En una acción revolucionaria de masas, lucha política y lucha económica son una misma cosa, y el límite artificial trazado entre sindicato y partido socialista, como dos formas separadas, totalmente distintas del movimiento obrero, es simplemente cancelado", pág. 102.

El Topo Blindado

Tal vez el trasfondo más profundo de esta polémica, lo que subyace por debajo del debate económico acerca del *derrumbe* y la discusión política alrededor de la *huelga política de masas*, es la concepción misma de la legalidad histórica: el materialismo histórico. La exaltación de la iniciativa y el protagonismo de las masas en el proceso revolucionario, además de sus obvias connotaciones espontaneístas, parte de una reivindicación fundamental: la determinación del movimiento social por fuerzas superiores a la inteligencia y la voluntad individuales, y por ende, la existencia de una racionalidad intrínseca al propio movimiento histórico que la vanguardia consciente debe descubrir y dirigir en la dirección de su tendencia más avanzada, pero que no puede ni crear ni abolir. Esta ubicación del centro en el movimiento de masas, y del origen de la conciencia revolucionaria en la práctica misma: en el accionar espontáneo de las masas, retoma el hilo de continuidad fundamental de la política marxista y abre la posibilidad de la síntesis leninista tanto en su crítica a Rosa Luxemburg como en su continuidad con la concepción de la revolucionaria, que afirmó: *La concepción marxista consiste, precisamente, en la consideración de la masa y de su conciencia como factores determinantes de todas las acciones políticas de la socialdemocracia.*¹⁴

Mariano Vega

¹⁴ Rosa Luxemburg, *¿Desgaste o Lucha?*, en Cuadernos de Pasado y Presente n° 62, pág. 164.

R

Carta a una Madre

Salvatore Quasimodo



Madres de la Plaza de Mayo.

*"Mater dulcissima, descienden ya las nieblas,
el canal bate confusamente contra los muelles,
los árboles se hinchan de agua, arden de nieve;
no estoy triste en el norte: no estoy
en paz conmigo pero no aguardo
perdón de nadie; muchos me deben lágrimas
de hombre a hombre. Sé que no estás bien, que vives
como todas las madres de poetas, pobre
y justa en la medida de amor
hacia los hijos lejanos. Hoy soy yo
quien te escribe." – Finalmente, dirás, dos palabras
de ese muchacho que huyó de noche con una capa corta
y algunos versos en el bolsillo. Pobre, tan pronto de corazón,
lo matarán un día en cualquier lugar.
"Cierto, recuerdo, fue de aquel andén gris
de trenes lentos que llevaban almendras y naranjas,
en la boca del Imera, río lleno de urracas,
de sal, de eucaliptos. Mas ahora te agradezco,
esto quiero, la ironía que has puesto
en mis labios, mansa como la tuya.
Esa sonrisa me ha salvado de llantos y de dolores.
Y no importa si ahora vierto alguna lágrima por tí,
por todos aquellos que como tú esperan,
y no saben qué. Ah, muerte gentil,
no tocar el reloj que late en la pared de la cocina,
toda mi infancia pasó sobre el esmalte
de su cuadrante; sobre aquellas flores pintadas:
no tocar las manos, el corazón de los viejos.
¿Pero acaso alguien responde? Oh, muerte de piedad,
muerte de pudor. Adiós, querida, adiós, mi dulcissima mater"*

ÍNDICE

	Pág.
Editorial	1
La apertura que no llega	3
Unidad y anticolaboracionismo	11
La fragilidad de una férrea política	18
La política económica de la Junta Militar	21
La dinámica social argentina	27
La subsidiaridad y otros dijes indiscretos	32
Nicaragua; sus enseñanzas	35
El dilema democrático (1)	41
Carta a la madre	49